

Relatos para Sallent

Relatos para Sallent

**XV y XVI Concurso de Relatos Cortos
para leer en tres minutos
«Luis del Val»**

© de los textos: los autores.

© de la presente edición: Ayuntamiento de Sallent de Gállego y Comarca Alto Gállego.

Editan: Ayuntamiento de Sallent de Gállego (Área de Cultura).
Comarca Alto Gállego (Área de Cultura).

Fotografías de la cubierta y contra: Comarca Alto Gállego y Ayuntamiento de Sallent de Gállego.

D.L.: HU 185-2023

Impresión: Imprenta El Pirineo. Jaca

XV CONCURSO DE RELATOS CORTOS «LUIS DEL VAL»

Reunido el jurado del Concurso, el 5 de junio de 2021, constituido por D. Jesús E. Gericó Urieta (en calidad de presidente del mismo), D^a M^a Asunción Pérez Martínez (en calidad de Secretaria), D. Óscar Latas Alegre, Técnico de Cultura de la Comarca Alto Gállego, D^a. María Domínguez Dubón, vocal de la Asociación Aragonesa de Escritores Aragoneses, D. Luis Bazán Aguerri, vocal de la Asociación Aragonesa de Escritores Aragoneses, y D. Rafel Vidaller Tricas, miembro de “Rolde O Caxico” y tras la lectura de los 788 originales presentados a concurso, acuerda por unanimidad determinar los relatos ganadores en las distintas categorías y que, conjuntamente con los finalistas y seleccionados, sean publicados en el presente libro.

XVI CONCURSO DE RELATOS CORTOS «LUIS DEL VAL»

Reunido el jurado del Concurso, el 13 de mayo de 2023, constituido por D. Jesús E. Gericó Urieta, en calidad de presidente de este, D.^a M.^a Asunción Pérez Martínez (en calidad de Secretaria), D. Óscar Latas Alegre, Técnico de Cultura de la Comarca Alto Gállego, D.^a M.^a Belén Gonzalvo Navarro, Secretaria de la Asociación Aragonesa de Escritores Aragoneses, y D. Carlos García Manzano, vocal de la Asociación Aragonesa de Escritores Aragoneses, y tras la lectura de los 630 originales presentados a concurso, acuerda por unanimidad determinar los relatos ganadores en las distintas categorías y que, conjuntamente con los finalistas y seleccionados, sean publicados en el presente libro.

ÍNDICE

Prólogo, Luis del Val	11
<i>Ganador XV Concurso de Relatos: El vestido de seda marfil</i>	<i>13</i>
<i>Ganador XVI Concurso de Relatos: Las tierras baldías</i>	<i>17</i>
<i>Ganador Lengua Aragonesa XV Concurso de Relatos: La tronada</i>	<i>19</i>
<i>Ganador Lengua Aragonesa XVI Concurso de Relatos: Plandiasa</i>	<i>23</i>
<i>Finalista XV Concurso de Relatos: Demolición</i>	<i>25</i>
<i>Finalista XV Concurso de Relatos: Dar abrazos</i>	<i>29</i>
<i>Finalista XV Concurso de Relatos: A su hora</i>	<i>31</i>
<i>Finalista XV Concurso de Relatos: La valla publicitaria</i>	<i>33</i>
<i>Finalista Lengua Aragonesa XV Concurso de Relatos: Cuarto milenio</i>	<i>35</i>
<i>Finalista Lengua Aragonesa XV Concurso de Relatos: La becicleta</i>	<i>39</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: Historias</i>	<i>43</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: Lilith</i>	<i>45</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: Sólo bajada</i>	<i>47</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: No son pulgas</i>	<i>49</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: Mariposas</i>	<i>53</i>
<i>Finalista XVI Concurso de Relatos: Toda una vida</i>	<i>55</i>
 <i>Seleccionados XV Concurso de Relatos:</i>	
<i>Las perseidas</i>	<i>57</i>
<i>Arrinconado</i>	<i>61</i>
 <i>Seleccionados XVI Concurso de Relatos:</i>	
<i>Palomitas de maíz</i>	<i>65</i>
<i>Zapatos nuevos</i>	<i>67</i>
<i>Luna llena</i>	<i>71</i>

Rigor mortis	73
Mari Pili	75
Dobles de amor	79
Una noche sin poesía	81
Un soplo de vida	85

Seleccionados Lengua Aragonesa XV Concurso de Relatos:

L'ombre fiero	89
Trobo a faltar a tuya boz	91
Taxco en chulio	93

PRÓLOGO

LA VIDA ES UN CONJUNTO DE RELATOS

La última vez que vi a Carmen Posadas fue en la cena de gala, presidida por los Reyes, que organiza todos los años el diario ABC para entregar sus premios periodísticos. Siempre es un placer encontrarte con una persona amable, educada y cosmopolita, con la que se puede hablar de todo, que opina con tino y escucha como la inmensa mayoría de los españoles no sabemos.

A los pocos días, leí un artículo suyo en el ABC, donde contaba que, en esas circunstancias en las que la vida te coloca en una sala de espera para tomar un avión, entrar a la consulta del médico, o aguardar turno para un trámite burocrático, se ponía a observar a las personas de su alrededor y, como escritora, observaba y se inventaba historias, relacionadas con el personaje en el que se había fijado. No sé si le envié un whatsApp, a los que siempre contesta, porque a mí me sucede exactamente lo mismo, y de no tener un libro a mano para leer, comienzo a imaginar que ese señor maduro, de aspecto firme y casi autoritario, pero que mueve los dedos de una mano, anunciando una cierta fragilidad, puede que, hace unas pocas horas, su mujer le haya comunicado que se quiere divorciar, o el consejero delegado de la empresa de la que es director general, le haya hablado de su próximo relevo. Recuerdo una ocasión en la que, antes de pasar al control de embarque, en el aeropuerto de Recife, una mujer de aspecto mayor, tras abrazar con fuerza a un joven, lo veía alejarse con una mirada en la que parecía estar asumida la inmensa tristeza de que nunca más lo volvería a ver. Puede que el esperanzado joven que abandonaba Brasil tardara tanto en el regreso que esa mujer, a la que no era necesario poseer demasiada perspicacia para colegir que era su madre, ya habría sido dada de baja en el Registro Civil correspondiente.

Pero me gusta más la fantasía que acerca a suposiciones surrealistas, y establecer la hipótesis de que ese empleado de la limpieza, que barre con aburrido ensimismamiento las hojas secas de la acera, va a conocer a una

mujer encantadora que será el gran amor de su vida. O que el taxista, que acaba de pasar a su lado, agobiado con los plazos del coche, va a recibir un ingreso inesperado que le despejará sus preocupaciones.

A veces, cuando estás en esas escaleras mecánicas donde se cruzan la que sube con la que baja, me da por entrelazar esas vidas desconocidas, que se ignoran unas a otras, unas ascendiendo, otras descendiendo, convirtiéndose en un poderoso brujo capaz de cambiar biografías. La vida es un conjunto de relatos, donde todo es tan igual como diferente. Eros y Tánatos nos aseguran que nos enamoraremos y moriremos. Pero nada es semejante, porque quien siente amor por otra persona es como si en la historia de la Humanidad alguien se hubiera enamorado por vez primera. Y lo mismo sucede con la muerte.

Cuando leo los relatos de estos libros, que el Ayuntamiento de Sallent de Gállego sigue editando con delicadeza, me reafirmo en que la vida es un conjunto de relatos. Y ninguno es idéntico, de la misma forma que ninguna persona es exactamente igual a otra. Sucede también con las montañas. Habrá a quien le parezcan tan parecidas que observe una cordillera con la monotonía con que se mira un rebaño de ovejas. Pero las montañas tienen perfiles distintos. Como los seres humanos. Y a las montañas del Pirineo también les suceden quiebros, trastornos y accidentes, desde la erupción que las hizo emerger, hasta la erosión constante y aburrida, pasando por los seísmos que las configuraron casi tal como las vemos.

La próxima vez que me encuentre con Carmen Posadas le propondré una fórmula para imaginar los paisajes como si fuéramos geólogos con millones de años de experiencia. Y, quién sabe, puede que en una edición próxima leamos aquí el relato de una montaña contado en primera persona. Sólo basta ponerse a mirar el horizonte, desde cualquier ventana de Sallent, y comenzar una historia que podría iniciarse así. “Mi madre era una montaña muy alta, pero hace millones de años hubo un terremoto y ella se anudó a una cordillera, y nació yo, un poco más abajo”...

Gracias a todos los que escriben relatos, y a los que no necesitan la pantalla de un teléfono móvil, porque se inventan cuentos que ahora mismo se viven y, otro día, alguien los escribirá.

LUIS DEL VAL
OCTUBRE 2023

EL VESTIDO DE SEDA MARFIL

*E*l vestido no podía ser más bonito, la delicadeza de la tela dejaba imaginar cómo sería su movimiento a la menor oscilación del cuerpo, o al contacto con el aire. Podría ser parecido a como se mecen las algas en el mar. Aquella joya había estado expuesta en el escaparate al menos dos semanas. Daniela se enamoró de él desde el momento que lo vio. Entró a preguntar el precio sabiendo que los precios de esa firma no se correspondían con los que se podía permitir. El día que lo quitaron del escaparate entró para saber si lo habían vendido, pero vio con alegría que colgaba de un perchero cubierto con una funda de plástico. -Si algún día necesito algo sobrenatural con lo que vestirme, miraré por si aún está ahí- confesó a su compañera de trabajo. No obstante, cada cierto tiempo entraba en la tienda a ver si continuaba el vestido en el perchero. Entraba, lo miraba, y se marchaba de nuevo. Le hubiera gustado jurar que si no era para ella no sería para nadie pero le pareció absurdo, sabía que no podría lucir aquella obra de arte. Pasó un tiempo y Daniela comenzó a hacer los preparativos de su boda y soñaba con aquel vestido, pero por más cuentas que hacía, el presupuesto no le llegaba. Un día, al pasar por la puerta de la tienda, le sorprendió el cartel que anunciaba: LIQUIDACIÓN TOTAL POR REFORMAS. Esta es la mía, se dijo y entró. Las dependientas, sabían perfectamente hacia donde se iba a dirigir, se miraron con sonrisa cómplices. En efecto, Daniela se fue directamente a buscar su joya y ¡helo ahí! y a un precio que sí estaba al alcance de su bolsillo.

Descolgó el vestido ilusionada y lo echó sobre su brazo y, emocionada, lo apretó contra su cuerpo. Entró en uno de los probadores, se lo puso y salió a mirarse desde un poco más lejos. Perfecto, como si lo hubieran con-

feccionado a su medida, hecho que le corroboró una de las dependientas. Una mujer observaba la escena muy cerca, con cara emocionada, incluso se permitió dar su opinión. Cuando la joven salió del probador abrazando su vestido, la mujer, le dijo. -Perdona que te mire así, pero no sabes cómo te parece a mi hija -Daniela hizo un gesto con la cabeza, sonrió y se dispuso a continuar su camino hasta la caja pero la mujer, casi cerrándole el paso continuó hablándole-, mi hija podría tener tu misma edad, la perdí hace unos años y desde entonces no consigo levantar cabeza. -Lo siento- susurró Daniela intentando seguir adelante. -Perdona que te moleste, pero te he visto tan ilusionada probándote ese vestido... ¡Estabas tan hermosa! que yo también me he emocionado. Es el traje con el que me hubiera gustado ver a mi hija. Llegado a éste momento Daniela vio obligada a escuchar a la mujer cuyos ojos estaban enrojecidos y las lágrimas le empañaban la mirada. -Déjame pedirte un favor- dijo mirándola a la cara- llámame mamá. - Señora, no me parece buena idea. -Hija mía, solamente una vez. ¡Echo tanto de menos que alguien me llame así! Era mi única hija y...- las palabras se le atragantaron y no pudieron salir. - Señora creo que no debo hacerlo, con eso no va a conseguir sino abrir cicatrices. - Una vez nada más, no es tanto- dijo la mujer posando su mano sobre el hombro de la joven y haciendo un gran esfuerzo con la voz- solo te pido eso, escuchar de alguien esa palabra. Sólo dime una vez mamá. -Lo siento pero creo que no debo hacerlo.

La joven hizo un esfuerzo y con suma delicadeza se desprendió de la mano de aquella mujer. Le había estropeado el momento mágico con el que había soñado tanto tiempo. Pero no se sentía bien, no debía haberse negado, le costaba tan poco llamarla mamá y la haría tan feliz... La mujer agachó la cabeza y comenzó a andar despacio. La chica, se volvió a mirarla y levantando un poco la voz porque se alejaba le dijo. -Adiós, mamá. La mujer, volvió la cara y la miró con cara de felicidad y apretó el paso hacia la calle. La misma cara que tenía Daniela por haber conseguido su vestido, por haber cumplido un deseo y por haber hecho feliz a una mujer, al menos por unos segundos. Caminó sonriente hasta el mostrador para abonar el importe del vestido. -Son 2.500 € le dijo la cajera. - ¿Bromea? -Preguntó Daniela- Aquí

marca 300€ lo pone bien clarito. -En efecto, 300 el vestido y el resto la compra de su madre, ella ha dicho antes de que saliera del probador que usted lo pagaría todo. -¿Yo? - Eso ha dicho, “tengo que salir a respirar, dichosa alergia..., ahora lo paga todo mi hija, la chica que viene con el vestido de seda color marfil”.

M.^a ÁNGELES CHOZAS GÓMEZ

LAS TIERRAS BALDÍAS

Cayó la tarde. Callaron ellos.

Monte Arruit, Protectorado español en Marruecos.
Agosto de 1921.

Querría hablar, pero hablar no puede: le aprisiona la sed la garganta. Sostiene ese esqueleto que le queda por cuerpo sobre la pierna izquierda —que todavía responde— y se mira en los ojos de otro fantasma, aún más enjuto que sí mismo. El hedor de su boca matiza la miasma dulce de la gangrena.

—Nos vamos, Carrizo —le ha parecido oír, pero también balbucea—. El general se ha rendido.

Él levanta una mano costrosa y la apoya en el hombro de su compañero: lo nota cortante.

Desea gritar que es una locura, que no saldrán de allí con vida, que han muerto ya todos en Annual, pero la punción en el pecho le deja sin aire. Por eso arrima los labios a su oreja y aspira el aroma de su putrefacción. Aquel se retuerce.

—Tram...pa... —murmura, y ha de sentarse porque se marea, pero otros ya renquean hacia la salida.

Caminan sus pies hinchados sobre el suelo de tierra negra, arrastrando a los enfermos y a los moribundos en sus camastros. Él también va porque alguien le sostiene del brazo. ¿Quién es? Ya nadie tiene un nombre... De pronto columbra las torrecillas de la entrada al fuerte y la silueta de ese escudo que se yergue sobre el arco, e intenta zafarse del agarre que lo em-

puja al exterior, pero no lo consigue. La tarde indecible ya cae deslomada sobre la planicie. A él le arden las entrañas.

—Poneos todos en fila —ha ordenado una voz, o quizá lo ha soñado.

A él lo colocan junto a unos brezos, cerca de la puerta. Mira a su derecha con los ojos enturbiados por ese violáceo del firmamento y los cuenta por miles, desarropados y sin armas.

Algunos caen desplomados de puro cansancio; llegan sus ayes como en letanías. Carrizo aguarda con la cabeza gacha.

Entonces se eleva desde la lejanía un fragor de chillidos y de disparos. Se le erizan los ojos y busca el origen en lontananza, pero no lo encuentra y tan solo corre sin saber si viene o va. Tropezaba con cuerpos que ya se desangran y hay también sangre en esos brazos que balancea, no sabe si propia o de otros, no sabe tampoco quién es él. Le quema con furia el muslo, pero sigue huyendo hacia la arboleda, perseguido por el olor de la muerte. Alcanza un desnivel que se hunde hacia un riachuelo. Por él rueda y se golpea la cabeza contra una piedra. Se pone en pie, a pesar de la náusea, y trota hasta el pinar que sitúa a la izquierda. El mundo entero truena y se carcajea.

Se sujeta ahora de una rama con la respiración sibilante. Vuelve la cabeza hacia el fuerte, pero solo vislumbra, amarilleada, una nube de humo sobre la planicie. Retumban los tiros, secos por la distancia. Le escuecen los pies y la garganta. Piensa en sus padres y se derrumba.

Anochece sin prisa alguna sobre Monte Arruit...

JUAN ANDRÉS MOYA MONTAÑEZ

LA TRONADA

Franchet s'acucuté en lo cuairón de la puerta de casa suya. La carrera yera fusca y freda, lo zielo, emplíu de boiras parezeba fer-se xarringladas. S'es-cuité un trueno prou gran y lo crío se tapé los oíus, no podeba con ixo ruido! Fazié un par de tringos y se trobé en una demba que no parezeba aber-ne de final. Los suyos piez, con lo calzero de casa, que mai l'eba mercau fa po-quet, se pleneron de bardo.

Bellos gotillóns s'escorrebán por los suyos didos. A Franchet l'aganaba la plebia, pero la que i cayeba en ixo inte eba un fundo azeto, tierco que no adubiba a comprender. Ascape los suyos güellos se pleneron de glarimas, como si le fe-se duelo lo mundo que tamién ploraba en ixo inte.

Franchet no sabeba do i sería lo sol. No bí'n eba pon de luz, so que los lampíus que tallaban lo firmamento.

I bibiría chen? En lo colexio l'eban esplicotiau que las personas, los ani-mals y las plantas amenistaban la luz de lo sol pa poder bibir-bi. Por ixo, li se feba, que él s'amortaría ascape en ixo lugarón.

Un escaldafrió li xorronté. Eba a dixar de pensar-ne.

Ixa medrana a la muerte li fazié parar cuenta que no yera bueno fer planto y li caleba trobar bel cabo do cubillar-se de la tronada, que, a lo suyo chuizio, parezeba i quedar-se pa cutio.

Con cada lampíu, cada trueno, cada gotillón de plebia, lo suyo chicorrón corazón s'achiquiba y no comprendeba lo porqué.

Alufré un foricacho y li parezié un buen puesto do calar-se y cubillar-se, asinas no se mullaría.

Pensé que a mai l'aganaría ixa dezisión. Las mais s'álticaman de contino con ixas cosas.

Lo cubilar no yera miaja comodo, pero yera seguro. No creyeba que garra persona o animal li podese fer mal. Sabeba que i yera solo, que no deba aber miedo de que belún l'enresti-se, l'unico mal estaría la soledá y dimpués tornar-se barrenau. Un otro escaldafrió li remeré que eba miedo. Quereba

tornar ta casa suya, estar con os suyos pais.

Entre que se debantaba y, con los güellos nublos, empezié a correr escopetiau. Quereba dixer l'esmo buedo y rezaba pa que bella zendella li partise. Emboirau de raso, no s'apercaté de la figura graniza que amanezié debán, zarrando-li lo paso. Trepuzé contra él y se'n cayé ta tierra.

Un lampíu iluminé a lo balandrán que l'eba arrullau y Franchet podié bier-li la cara.

Yera bella cosa parezida a un can, con lo naso fresquet y un par de bigotes. Eba lo cuerpo pleno de pelos que, atamás de mullau, feba impresión d'estar tobo. L'animal ubrió la boca y dimpués

de badallar, dizié:

– Plantas bien?

Franchet chalfegaba xorrontau y se bozó los oíus... otro retumbiu.

– No te cuacan?

Lo crío asintió.

– Bie-ne con yo.

L'estendillé una man zerruda y gran. Franchet dandalié. A la fin alargué lo suyo brazo pa que lo grandaz l'aduya-se a debantar-se. Los dos chuntos, marcheron por la tasca chipiada, pataquiando charquinaza. La tronada pareziba prou luen, ir a lo canto d'ixe "can" li meteba mielsudo. Sí, li remeraba a un chuchet, pero con las orellas más largas y, prou que sí!, más grans.

La gambadeta estié curta, s'atureron ascape. L'animal debanté lo brazo qu'eba libre y señalé lo bolcán que bi eba luen y que traquetiaba como un corazón.

– Be a esclatar? – pregunté Franchet.

– Pue'star. – Contesté alinguíu. Lo borzagué paré cuenta qu'eba los güellos berdos, beroyos, por bella razón li remeraba la color de las ondas de la mar. – No'n se, tu qué creyes?

– La tronada me fa muito miedo, los truenos fan ruido y no puedo dixer

d'escuitar-los aunque me tape las orellas. Puedo fer-li de menos un ratet, pero si lo bolcán esclata m'ausidirá lo fuego. No me fa goyo que lo bolcán esclate. He muito miedo. –repitié Franchet.

Lo grandaz s'acaché y li abraqué. Lo crío s'apercazé de lo tobo que yera. Se trobaba seguro fundíu en ixos pelos larguizos.

–Si esclata yo i seré con tu, pa cutio. Cuando aya tronada, solo clama-me y yo aturaré las zendellas pa que no te partan.

Franchet zarré los güellos y s'arrellé encara más ta l'animal. Un cruxíu crebé lo silencio, lo bolcán parezaba gomecar, pero lo fuego no surtiba de la suya boca. La tierra tremolaba, lo zielo chilé y s'estricallé en una milenta de cachez.

Yo te protecheré...

Franchet refirmé la espalda ta la puerta, dezaga se i sentiban os chilos. No se beyeba en la casa garra luz, solo que una lampa denzima de la cabeza de sus pais. Chilaban, cuasi escachilaban, se faltaban l'uno a l'otro. Con cada chilo las parez se xalapaban. Franchet s'escosqué las glarimas una otra bez. Yera canso de bier-los carrañar-se. Yera escatumau d'ixa tronada que no remataba nunca.

Eba miedo de lo día que esclata-se y los chilos rematasen, pero tamién que lo fe-sen los amoreyos, las morisquetas y los cuentos dimpués de zenar, por la nuei.

Zarré lo puño enrededor de bella cosa toba y zerruda que eba estau teniendo durante toda la baralla. Debanté a lo suyo peluche preferíu; un chuchet d'orellas y bigotes largos. L'abraqué con muita fuerza buscando la suya protezión.

Yo te protecheré... –ricordé.

Debanté lo chicot peluche y se trobé con unos güellos berdos, polius, que por bella razón li remeraban la color de las ondas de la mar cuando la tronada ye plegada a lo suyo fin.

ANTONIO SERÓN GASCÓN

PLANDIASA

Ya beyes, aquí bi soi, me creigo que con tu fablaré e m'esplicotearé millor que con era.

Plandiasa, amenisto que m'aduyes a caducar qué cal que le'n diga, no quiero que me'n dixes marchar atra begata.

¿Remeras?, lo te conté fa asabelo de tiempo; a primera begata que estió con era yera con o mío tío, e m'amostró lo polida que yera, e cómo caleba querer-la. Pasó ro tiempo e tío s'encarrañó con era e yo, como no podeba ser d'atra traza, tamién lo fazié, y era no me curruquió cosa ta fer que yo continase a ro canto suyo.

Dimpués de muito tiempo, e cuan yo m'estalampizié e bi yera en un tollo muito fundo e fosco, tornó a bi estar con yo, me clamó e me trucó, e ya sapes que en ista bida bi ha perén presonas que sapan agafar-te e t'empentan enta debán. Amonico amonico, á ra fin me'n torné enta era, e ta yo estió igual como ro pozal que puya l'augua ta ro reseco, a luzeta que zeña o camín a continuar.

Yo yera bien goyosa e torné a estudear, conoxié chen prou importán ta yo, m'apercazé de que eba malfurriato una ripa d'añadas e que, antiparti d'a mía familia, o suyo mundo yera o que más me feba traquitiar o corazón mío.

No podeba sentir ixa polida canta, e bi ha chen que diz que no bi ha cantas polidas: “aduerme, nirna, aduerme,.....”, porque dixar de plorar no podeba.

Pero a bida, con os suyos chiros, pinganetas e pintacodas, tornó a tresbatir-me. Allora, firme dezidié que la i dixaba, que como no me'n daba cosa (¡ixo me creyeba yo!), o millor que podeba fer yera pillar un esbarre que m'en lebara luén d'era.

Plandiasa, agora bi soi con tu, posata en a tuya toza, amorosiendo a tuya

fusta, pero tu bien sapes que bel diya estié cuasi en as tres pedretas, en ixe inte en o cualo s'aturó o mío mundo e o d'os mios, e cuasi s'aturó a mía vida.

Agora m'arrigo, porque dimpués de puyar a costera e plegar-ie con as parigüelas, me forachitoron. Encara no yera a mia ora, dizieron, e caleba retacular, aunque ixe mal minchador acucutase, acapizado, en os míos aíntrros.

No soi capable de plorar, ni sisquiera cuan siento ixa polida nana chesa, ¡soi tan goyosa d'estar biba!, de pinganetiari e trastiari, de beyer a ra mia familia (pobrons, qué tristura han tenito), o mio ombre, mis pais, a mía chirmana e a familieta, a familia d'o mío ombre.... E, más que más, as mias ninas, las teneba contino en o mío esmo, no podeba caducar en atra cosa.

Güei, encara me leban toz en palmetas y entre cotons. No sapes a de chen que yera alticamata por yo. Soi biba e luito, luito con totas as mías fuerzas e bibo con delera tot o que foi, e me paro á beyer as colors u os paraxaricos como si estase a primera begata; y agora no pueden os mios güellos aturar as glarimas; ya beyes, plorando contino, si me teneba que aber trayito una leitera, mira qué fateza!.

Ya sapes que aber-las, bi'n ha; tu mesma gosas dezir-me que yo soi una... . No saperba replicar-te si ye berdá, pero escando en o rete me'n trobé que o mio mal i plega cuan yes trista por dixar bella cosa que quiers, cuan se creba un lazo de sangre.

Plandiasa, quiero agafar-la, e quiero que era no me'n suelte. Os sinais d'a vida me dizen que la engalze. E aquí ye cuan tu me fas onra, Plandiasa, dime cómo lo foi.

Quiero que igual como tu t'enradigas e acarranzas a tierra con as tuyas radizes, m'enreligue yo á ras tuyas parolas, á ras tuyas cantas, á era.

Cualquiera que me sienta fablar con tu, prexinará que soi estalentata, ¡fablar con una carrasca!; pero sé que tu m'ascuitas, e agora boi á ascuitar-te yo a tu. Á mirar si me'n pues dizir de qué traza puedo yo agafar ta cutio, e que era nunca no me dixe marchar, a nuestra polida luenga aragonesa.

Sí, sí aguarda, que me aposento a ra tuya guambra e te dixo fablar.

¿Qué cosa caducas, Plandiasa?. Di-me-ne.

MÓNICA LONCÁN BERGUA

DEMOLICIÓN

*B*ailan en mi oído las maniobras de la pala mecánica, los bocados glotonos que da esta pala a los escombros en el mismo lugar que ocupaba la entrada al garaje subterráneo. Parado aquí con los pies juntos perimetro con la mirada la manzana entera que ocupaba el edificio. Y pienso en los gemelos, me impregna el recuerdo de los gemelos. No siento miedo, no hay tristeza; no un

todo se termina
sino una nata en la mente
un estupor cósmico

cuando una nueva palada de escombros es arrojada en la caja del camión. Me detengo a pensar en los chicos ahora que el eco de las risas se ha transformado en rugido de gasóleo y en brazo articulado de metal amarillo.

Cómo fue aquello, cómo sucedió aquello. Está desmoronándose ante mis ojos el dónde; el cuándo se diluyó en un punto abisal de mi adolescencia, de nuestra adolescencia, sólo el cómo

cómo

pero cómo fue aquel suceso. Y el porqué, por qué decidí apearme de aquel coche reluciente, por qué yo me salvé y los gemelos... Pero cómo. La pala mecánica detiene sus contorsiones amarillas, el operario gesticula en la cabina, me da una voz: que me aleje, que es peligroso; le hago una señal con la mano que puede significar cualquier cosa: ya sé, ya me voy, ya te vi, ya te oí y no me aparto, asisto al destripe final de lo que era el subterráneo y ahora deviene agujero enorme, sin oscuridad, sin sombras, sobre el que empieza a lloviznar. Ya sé, ya oí, ya me voy.

El reciente trueno de la demolición, anunciado por los cuatro costados,

los periodistas con sus cámaras, la masa de curiosos que se agolpa primero, que luego se disuelve tras la dinamita y la nube de polvo, y ahora estas hormigas gigantescas pintadas de amarillo, las palas, que alimentan de cascotes las panzas de los camiones, las palas mecánicas que no buscan a los gemelos ni se detienen a escuchar su risa entre los desechos porque no quieren saber nada de aquello.

Cuándo: no importa cuándo, hará treinta, cuarenta años, en un agujero abisal de mi adolescencia

aún me cuesta expresarlo

llegué a casa de los gemelos, aquí mismo, era aquí mismo, un viernes a última hora con *Apocalypse Now* pirateado en una cinta de VHS porque los padres de los gemelos saldrían a cenar y nos dejaban vía libre o, mejor dicho, nosotros tomamos el piso de los gemelos por unas horas. El capitán Willard remontaba y remontaba el río y a mitad de las fantas y las cotufas dijo, dijimos, dijeron:

–Vamos al garaje a dar una vuelta.

Sin pensarlo cogieron, cogimos las llaves del coche, tomamos el ascensor, sabían conducir por lo menos en línea recta, deseaban demostrarme que el techo acristalado del coche nuevo, reluciente, no goteaba, por eso quisieron verter sobre él un balde de agua, recuerdo perfectamente el color del cubo, no era necesario el chaparrón artificial, arrancó, arrancamos, arrancaron y de verdad sabían conducir, aquello se movía, un pasillo de cemento subterráneo con vehículos dormidos a ambos lados, otro pasillo, vuelta atrás como en un bucle, la rampa, otra planta, igual pero diferente, otra vez, los faros del coche nuevo alumbraban fugazmente las puertas metálicas, numeradas, todas cerradas, parecían sucederse sin fin, arriba y abajo, noche privada dentro de la noche del hemisferio, otra vez arriba y de repente en mi piel el deseo de salir de allí. Subimos por la rampa, el ruido del motor retumbaba y les pedí que frenaran, que me dejaran junto a la cancela, me apeé de mi destino

y ellos no lo hicieron

siguieron su paseo entre humos, el embrague torpe, el freno de mano brusco, su risa pareada, el eco en el garaje.

Salí a la calle y me senté en la acera a esperar que la broma terminara. El

motor iba y venía como una sonda rodante por los intestinos del edificio, la carcajada de los gemelos, ahora brillante y luego amortiguada por la noche, otra curva, un toque de claxon, una vuelta más y la vibración cercana del tubo de escape, más lejana luego, y después de eso

la nada.

No; no la nada sino las losas de la acera pegadas a mis nalgas aumentando su dureza poco a poco y el olor a escape, los minutos flotando sobre el asfalto y estancándose grumosos, interminables, hasta que me levanté, llamé por el portero eléctrico: habrían subido al piso, me dije, estarían de nuevo ante la tele, supuse, aguardando a que el cabreo se me olvidara. Y el silencio en el altavoz del interfono, una mudez que no conocía principio ni fin. Entré en el subterráneo, no atiné con el interruptor, transité en la oscuridad de aquellos pasillos de cemento, por aquella dimensión de aceites quemados y motores fríos. Ningún faro. Nada.

Los hechos posteriores

ahora soy consciente

fueron empaquetados y comprimidos en una caja fuerte que resistió dentro de mi pecho todos estos años, hasta la dinamita y las palas mecánicas de hoy: la llegada alegre de los padres, las preguntas a docenas, la incredulidad en sus ojos, la primera búsqueda intrigada, luego la extrañeza hasta el punto en que un demonio les arrebató los estribos, les despojó la condición de padres; la policía, más preguntas, el juzgado, llamadas y más llamadas de teléfono, semanas y meses de complicación legal, brutal, insidiosa; el duelo cerrado en falso, prolongado en una interrogante de años que me anuló, los anuló, nos anuló.

La pala mecánica da otro bocado glotón y amarillo a un tabique superviviente. Chirrían los brazos de las máquinas, húmedos de llovizna, que llenan el vientre del camión.

CLAUDIO COLINA PONTES

DAR ABRAZOS

En sus inicios como instagramer, mi padre llegó a tener dos millones de followers. En esos días, su video más reproducido era aquel en donde baila subido a unos tacones de doce centímetros. Una nadería, comparado con lo de hoy.

Él tenía claro que no era guapo y su cuerpo estaba alejadísimo de los cánones del gym. Pero supo sacar partido a su veta simpática. Gustaba mucho cuando cantaba de ese modo tan particular: a gritos y asustando a los transeúntes. Es necesario apuntar que en cuanto estos últimos lo reconocían, se desternillaban y daban con beneplácito su consentimiento para salir en su feed y sus stories. Ya sabe usted que incluso algún cantante famoso llegó a actuar con él o a invitarlo a su show.

En las redes, la preferencia por alguien dura muy poco y mi padre no fue la excepción. Cuando optó por la imitación de retos, rutinas de yoga y maquillajes extremos, en contra de lo que suponía, dejó de atraer likes. Y de dos millones seiscientos ochenta y siete visionados por jornada, un día tuvo tan solo veintinueve. A causa de tal desplome, enfrentó unas semanas muy malas en las que engordó y se deprimió por encima de lo habitual. Empezó así a tener ideas cada vez más descabelladas con tal de mantener a sus seguidores, como aquella de dar abrazos a la orilla del Gran Cañón mientras él iba sin sujeción alguna.

El hecho decisivo que lo llevó directo a la fama se debió, sin embargo, a un accidente. El ocurrido durante la grabación con aquellas entonces desconocidas influencers. El del cuarto de baño, ese donde se rompen los espejos y él sangra tanto. Fue cuando decidió enfocarse en los cortes en las piernas y los brazos, por lo que consiguió un nuevo público: el adolescente.

Con eso vino todo lo demás, como ya sabe. Millones lo aclamaron y tuvo perfiles en todas las plataformas. Lo abordaban en la calle para los selfies y fichó para las grandes firmas.

Sentía que se debía a su público y quiso avanzar en ese sentido. El siguiente paso fueron las cirugías sin anestesia, su experiencia como body packing, el autodesollamiento... ORLAN se sintió homenajeada y entendida por fin y la comunidad artística neoyorkina le mostró su aprecio. Gobiernos y cárteles se unieron para manifestar sus respetos tras su ingesta, paseo por la frontera y consecuente expulsión del cargamento de heroína. Como expuso que quitarse la piel de las rodillas era su protesta contra los ataques xenófobos a quien fuese, mi padre se transformó en abanderado de la lucha internacional por la aceptación y tolerancia de las otras, les otros, los otros y lxs otrxs. Por haberse dejado morder por todas esas hormigas en la sabana de Kenia —y sobrevivir al choque anafiláctico— la ONU le confirió el premio de la Concordia con el Medio Ambiente. Con todo, pasó de moda otra vez.

Reacio a atravesar por un periodo de declive como el de los veintinueve likes, se preparó concienzudamente para su último y más importante streaming. Contrató un experimentado equipo en la deep web, incluida dirección de escena y hackers, claro está, de tal manera que la probabilidad de localizarlo fuese nula, dada la excelencia de la triangulación y el gran blindaje.

Por eso, el acto tan extremo que ahora realiza y lo llevará a la muerte en directo, así como el registro de su putrefacción, son imposibles de detener. Ni la propia CIA ha logrado algo al respecto. Estoy segura de que no se intentará nada más porque la mayor parte de los ingresos generados por los anunciantes va directamente al Fondo Monetario Internacional, él así lo dejó estipulado. Eso asegura que su proceso se siga transmitiendo 24/7 sin problemas y para deleite de sus espectadores.

ALANA GÓMEZ GRAY

A SU HORA

Es terrible. De nuevo le oigo llegar. Vigilo mis manos, para que esta vez no tiemblen. Sé que en el momento que me mueva ligeramente, me encontrará y de nuevo hará lo que quiera conmigo. Otra cosa que hago cuando le oigo es hacerme la dormida. A veces creo que no me cuesta ningún trabajo en absoluto. Sin esfuerzo consigo mantener cerrados los ojos sin que me lleguen a temblar.

Si ese día me hubiera ido definitivamente... luego dicen que el azar no influye en la vida de las personas. Si ese tren hubiera llegado a su hora y el chico no se hubiera tirado a las vías en la estación anterior, yo estaría en otro lugar, con otra vida, en otro mundo.

Está pasando por mi lado y lo debo estar haciendo muy bien, porque esta vez no me ha dicho que me levante, ni que le prepare la comida ya, ni lo guarra que soy, ni ninguna de esas cosas tan horribles. Voy a dejar de pensar en ellas. Si sigo haciéndolo, probablemente me ponga a llorar y va a descubrir que no estoy dormida.

Le oigo vestirse. Me dan unas ganas tremendas de darme la vuelta y ver qué ropa está eligiendo. ¿Para qué se estará vistiendo si acaba de llegar? Aun recuerdo el traje azul que vestía cuando éramos novios. Estaba guapísimo.

Vuelve a salir. ¡Puf! Respiro aliviada. Ahora ya no tengo que hacerme la dormida y puedo volver a estar tranquila. Pero estoy muy cansada y voy a permanecer en la cama un rato más. Además, siento un dolor tan hondo, que no me apetece levantarme.

Llaman al teléfono. Voy a dejarlo sonar. Estoy molida. Luego llamo yo. Lo mismo es mi madre. Dicen que madre no hay más que una, pero la mía vale por ocho. Y yo creo que sabe lo que sucede en casa, pero es

una mujer muy discreta y siempre que me ha preguntado indirectamente algo de mi matrimonio, hemos salido tarifando. Así que, la pobre lo debe de estar sufriendo en silencio. Pero, sí, definitivamente, sé que lo sabe.

Tengo que limpiar mañana la cocina. Está sucísima. Llevo cinco días sin recogerla y es que, este es el cuarto día que me paso metida en mi habitación sin parar de llorar y con una tristeza enorme. Quizá luego cuando me levante, me ponga con ella y la deje como los chorros del oro. Eso si me animo, claro.

¡Qué tranquilidad! Ojalá siempre estuviese tan relajada como ahora, como cuando él no está.

Han debido de pasar dos horas desde que tuve el pensamiento de la cocina. He debido estar durmiendo. Me he despertado mucho mejor. Estoy sin dolor ninguno y como si hubiera estado durmiendo tres años. En breve me levanto y recojo la cocina, que ahora sí me apetece.

¡Ey! Vuelve a entrar. A hacerse la dormida de nuevo. Esta vez le oigo llegar menos contundentemente que en otras ocasiones y le noto quieto en los pies de la cama. Está inmóvil, pero no sabe que por mucho que esté ahí, no va a conseguir que me despierte ni que note que no estoy durmiendo.

Lo dicho. Me voy a levantar ahora que se ha vuelto a ir. Quiero disfrutar de este momento en la soledad maravillosa de mi casa. ¡No, por Dios! ¿Otra vez vuelve? ¡Anda! Si no es él esta vez, es mi madre, qué ilusión, tenía ganas de volver a verla. ¿Por qué lloras, mamá? Está viniendo hacia la habitación. Cada vez llora más. ¿Quiénes son esas personas que te acompañan, mamá? Pero deja de llorar así, me estoy poniendo muy triste, más aún de lo que lo estoy ya...

¡Dios! ¡Qué oscuridad! No veo nada. Al menos he dejado de oír sollozar a mi madre. Voy a dormir un poco más. Luego, cuando descanse otro rato y me levante, voy a ir a verla para que se tranquilice y no vuelva a llorar así. ¿O lo habré soñado? Sí, seguro que ha sido un mal sueño. Entonces, cuando me levante, recogeré la cocina lo primero.

Si ese tren hubiera llegado a su hora...

ENRIQUE ESPEJO TORRIJA

LA VALLA PUBLICITARIA

Tú no la conociste, era la chica más linda de la ciudad y la que mejor olía del mundo entero. Cuando estabas con ella, tenías la sensación de estar en otra dimensión.

La primera vez que la vi no reparé en ella. Ni la segunda tampoco. No fue hasta el tercer día, cuando se apoyó grácilmente en mi banco justo antes de que me echara a dormir. Hizo unos cuantos estiramientos y luego, mientras se agarraba el brazo derecho con la mano izquierda por detrás del cuello, me preguntó si yo vivía en ese banco. Le dije que sí con la cabeza mientras observaba admirado cómo doblaba la pierna hacia atrás hasta tocarse la nuca. Y así, de esa manera tan tonta, comenzamos a hablar y ya no nos detuvimos hasta que se apagó la luna.

A partir de ese día nos vimos todas las noches. Conversábamos hasta que aparecían los primeros claros del alba. Entonces nos despedíamos felices, empachados de palabras y de compañía.

Ella se subía en el respaldo del banco y de un ágil salto regresaba a su valla publicitaria. Se alisaba la ropa, sujetaba con ambas manos el frasco de perfume, lo elevaba unos centímetros por encima de su corazón, ladeaba ligeramente la cabeza y se quedaba muy quieta. Sin respirar. Ni un solo pestañeo. Hasta que volvía a oscurecer.

Y así, esperando que llegasen las noches, los días pasaban deprisa. Y casi sin darme cuenta llegó febrero y con él, mi cumpleaños. Hacía siglos que no lo celebraba, pero ahora tenía un motivo y un con quién. Con lo que había sacado tocando en la calle la última semana compré un pastelillo de chocolate y, aunque aún faltaban unas horas para nuestra cita, me adelanté para dejarlo todo prepararlo.

Pensé que iba a morirme cuando desde lejos vi a unos tipos con mono azul subidos en lo alto de una escalera cambiando el cartel de la valla publicitaria. Corrí desesperado. Corrí y corrí, pero cuando llegué ya la habían roto en mil pedazos y sus restos se retorcían en el suelo.

En su lugar han colocado un cartel de un coche con tracción a las cuatro ruedas. Del color del cielo cuando truena. Brillante. Aerodinámico. Que pasa de cero a cien en seis segundos. Todo muy guay. El problema es que despidе un fuerte olor a gasolina. Y ni siquiera arranca.

MARGARITA GÓMEZ CUBILLO

CUARTO MILENIO

Uno d'os efeutos d'as cletaduras ye que agora teletreballo de contino. Afirma cuasi por o gasto. Atro ye que cuan tasto a libertá e marcho ta ra carrera m'en lebo a zamarreta con o libré, a toballeta e un termo chicot. Porque no sapes si te'n trobarás con bel bar ubierto en dó fer-te un café á meya tardi e, causo de no trobar-ne, amenisto a toballeta ta escoscar bel banco d'o parque en dó posar-me ta desmontar a tazeta d'o termo e trasquir o suyo contenito. Ya beyes.... Atro efeuto ye que os encordios cutianos me chinchán muito más que antis.

En a cletadura de beras, a primera, acotrazié a cambreta d'a falsa, que'n tien una finestra gran ta ra luna d'a casa e parixe que esbolastria as galerías d'os atos bezins e o tellato de uralita d'o garache, de traza d'estudiet de teletreballo. A finestra ye cara ta l'Este, asinas que al punto'l día s'engarona de luz a cambreta e aprobeito ta ubrir-la ancha batalera e que a mesa e l'ordinador se queden chupitos de sol. Isto parixe una abantalla pero no, con a finestra ubierta, toz os ruidos d'a luna tamién engaronan o estudiet. Se sobremeten o chiflé d'os microondas d'esferéns pisos calentando os almuerzos, as combersas familiars u os chilos d'as tertulias políticas d'a rayo.

Reconoxco en cuál piso contestan os bezins, furos u no, á ros tertulianos como si estasen chuntos con ers, en cuál os fillos adoleszens (mozez e mozetas) mormostían á ras custión d'os pais, u dó son parando firmes güegos con longaniza.

Marcho ascape ta zarrar a finestra y beigo de bislai —aunque no toz os días— una peroleta de aluminio (m'enluzerna un inte con o sol d'o maitín)

que bulca a suya carga de minchuza enta o tellato d'o garache. Auto continuo un manullo de mixins que biben entre os tres pisos d'o sotano d'o garache se fican como fuinas sobre a pastura con fuerte estrapaluzio. Nunca no i plego á beyer a man que les ne da de minchar, á begatas siento un siseo ta clamar-los dende dos pisos ta baxo d'a mía finestra, que ye o señal ta que prenzipie o festibal michino por denzima d'a uralita.

U siga, que entre os bezins parando os almuerzos, as soxerenzias d'os politicos ta emporcar un poquer más l'ambiesta d'as Corz, e as corridas d'os mixins, pierdo cada diya cuasi meya oreta de tele treballo e tota ra paz que deberba portiar-me a luz d'o sol de un nuebo día engaronando o mío estudiet.

Asinas que cuán a la fin m'espazenzié del tot con o carnabal d'os animals, me planté a mascareta e baxé os dos pisos que me deseparaban d'os amantes d'os gatolins. Me'n ubrió a puerta una señora ya mayor que, con os míos requilorios, prenzipió a chemecar e fer aparatos: *“Yo me pensaba que os mixins teneban querenzias d'er, porque en beniban toz os maitins, miulando e reñindo entre ers, igual como si él continase itando-les-ne o licote dende a galería...”* Yo no replecaba cosa, e continó: *“Ya beigo que no. A culpa ye de yo, por dixer-le-ne dentrar, pero ye que le'n trobo muita falta...Sentié en ixe programa d'a tele, o de misterio, que si querebas que a presencia tornase con tu, caleba dixer-le una puerta meyo ubierta. Como yera estú yo dixaba a porteta d'o balcón bien ancha, ta fer corriente de nueis e jorear-lo tot, e puestar que dentrase, porque yo perzibo que dondea por o piso, que se cofla en o sillo d'a sala gran e que a peroleta de aluminio amanixe toz os diyas fuera d'o suyo puesto en a espedera d'a cozina...”*

Tota esbarafundiata, me'n dizió que feba ya tiempo dende que o suyo ombre yera fenezito, que ella lo trobaba muito a faltar, e que os zaguers meses d'a suya bida, como no podeba salir de casa, se posaba á'l sol, de maitins, en a galería d'a luna *“como pega o sol de maitíns, porque ye Este...”*; e s'entreteneba itando-ne á os mixins a pastura amoniquet, u fendo bisbís ta que se'n amanasen correndo á tot estrús por o tellato d'o garache...

Asinas que me'n torné sin tartir ta o mío estudiet engaronato de sol, ubrié a finestra e me miré a ra colla de mixins miulando, blincando e fendo buen rudio en a uralita. Zarré sospirando e chusto en ixe inte me luzernó o reflexo d'o sol en o que me parexió estar l'ansa de bella peroleta de aluminio, un poquer más debaxo.

JULIA ARA OLIVÁN

LA BECICLLETA

La primer vez que va baixar sin frenos per aquella costereta va ser tamé la última.

El llugá antero s'esllisaba per la sierra como las mantas de cullir olivas per las espueñas. Las calles prencipals se chitaban de Este a Oeste. Las de demás se descolgaban enta los ordios que, ya medio granaus, se dixaban afalagar pe'l sol de la mediodiada. Eba tiempo d'ababols.

Agarrau al manillar como si conducise una avioneta, me feguraba que eba un artista d'ixes que sosprenden al públlico en metá del circo. Encara quieto del tot como i estaba, notaba l'aire a las orellas y la forniguilla a los budillos. A la punta d'abaix no se sentiba nengún rudio, como cuan la chen dixa de respirar asperán que esplote el codete. En restregar-me la llengua per fuera la boca, va contar tres y me va dixar caer. Al campanal daban la media pa las doce.

A lo que va querer frenar ya eba tarde; al llegar a peu pllano, una moceta que iba galeán se me va cruzar y vam acabar los dos a redolons. Sin tiempo a posar-me a punto l'esmo, un misache me daba una zarquinada y pateaba la bebiclleta, amenazán-me con méseyo qué retrólicas. Una mullé, achocada, chilaba.

—¡María! ¿Estás ben, jamía?

María. Se diba María. El vestiu de la comunión que i llevaba estaba tot bafuroso, como cuan yo m'emporcaba per los espinganez. Pe'l esgarrincho que se i veyeba a la esquena, me va entrefer que se le va enganchar al pedal. Se va posar drecha y se me va quedar mirán fito fito sin di res. Per suerte no va tomar mal. M'hese quedau to'l maitino contemplán-la, pero su pare me va *convencer* a espientons pa que jopase d'allí. Correba a las cuatro suelas

como una fuina, estirán la becicleta con una mano. Una uloreta que me recordaba al tremoncillo se m'apegaba a la piel como el cochorro a la llana.

A casa mía la repulsa va ser prou tal cual. La nafra de la barbeta me va delatar, pero cuan se va descubrir to'l pastel va ser per la tarde, a lo que los pares de María, que mai habeba visto handa ixé maitino, van venir a *saludamos*. Ixa noche yo va ir ben caliente a dormir; no me va valer ni la caridá. Mi mare no feba que cabecear, y mi pare se va sacar la cincha'l pantalón pa esplicar-me ben a las cllaras la diferencia entre ser d'una casa u d'atra. En custión de minutos, yo va aprender más cosas chuntas que en los años d'es-cuela: que las casas de los abogaus que veniban de veraneo dende la capital teniban sillars a las parez, y las de los llabradors bel ñedo de gurrión a las endrijas del tapial, que «don» y «doña» nomás caleba dir-lo-ie a quí y quí, y que regular que aquella chen eba asabelo de americana y pixaba más alto que no pas nusatros.

Si se mos hese apedregau la viña sin vendimiar, me penso que mos hese destorotau menos. Mi pare, que de tot en feba un faixo, va sacar a pasear to'l repertorio reniegos que alzaba pa las ocasiones especiales. Mi mare, con la cara roya como una pruna, plloraba sin poder-se asujetar.

–¡Qué vergüenza que mos tienga que llamar la atención ixa chen, copón! –diba él.

–¿Cómo saldrem ara a la calle, nusatros, que mai mos hem queriu dar a entender? –se preguntaba ella. Manimenos, el tiempo é una arrobadera que emparella los espíritus como'l ruello a la uebra. Antes con antes, me van dar la conformidá pa pillar la becicleta un'atra vez. La trompada l'habea malmetiu dos radios. Mi pare, que ya s'habea refecho, se va ofrecer pa fer-los venir a buenas; de mientras esferrucheaba, una risalleta se l'escapaba como a ixes que no están pas a la hora.

Años dimpués, a un baile que feban a la plaza, va tornar a cruzar-me de morros con María. Per istinto miraba de bislai, per si apaeceban sus pares. La boca no me queriba creer.

–Siento lo del trapal que te va fer al vestiu. Aspero que'l podeses cusir –le va dir a la fin.

–Desmasiauí has tardau –me va tirar en cara. Per cómo se me miraban aquellos ojez, yo me va sospechar que lo que paiceba rabia teniba que ser

un'atra cosa que de primeras me va costar d'atinar. Per las narices me dentra la ulor del tremoncillo.

En las tardes de verano, las aguas de las tronadas esgarrapan y fan tría per los caminos y barranquijos per las peñas, lleván-se-ne, sin encomendar-se a nenguno, piedras, arbols y mesmo animals y chens. Asinas, la fuerza de la chuventú no se adoma ni con la pallabra ni con el tocho. Cuan é la sangre la que i manda, a las casas que se levantan i coge el sillar y el tapial.

María mos va dixer fa un mes. Me fería gozo que mañana, dend'allá alto, podese veyer comulgar al nuestro nieto. Se diz Toñé, como yo. Ya tengo alzada la becicleta que penso regalar-le.

JUAN CARLOS MARCO

HISTORIAS

Me siento muy optimista sobre el futuro del pesimismo.

Jean Rostand

Por fin puedo ver los documentales del canal de historia! Todo gracias a la paciencia de una amable señorita que ha gestionado la suscripción por teléfono y al esfuerzo pedagógico — sin duda motivado por una buena propina—de un corpulento y sudoroso operario que me ha enseñado el manejo del nuevo mando a distancia, así como el de un aparatito con luces de colores que palpitan en la oscuridad del salón. No hay publicidad, y es el usuario quien elige en qué momento interrumpe la emisión, en mi caso cuando la próstata aprieta y es necesario ir al baño. Se trata de una forma de adquirir cultura y—para que vamos a ocultarlo— de paliar la soledad de un solterón que pasa demasiadas horas atrofiándose sentado en el sofá.

Veo uno al día, a eso de las cinco, tras la cabezadita de después de comer y para que las tardes no resulten tan largas. Julia lo sabe, pero hoy no ha podido evitar llamar a mi puerta para irrumpir en mi cotidianidad anticipando la habitual charleta que mantenemos en el descansillo a las siete y media, cuando el portero anuncia a viva voz que está recogiendo la basura y sacamos nuestras respectivas bolsas para entregárselas.

Pues bien, he pulsado el “pause” y he congelado al locutor que se ha quedado con la boca entreabierta y un gesto la mar de cómico al ser interrumpido en su culta disertación acerca de las intrigas palaciegas

en la corte parisina de mediados del siglo dieciocho. Me he dirigido hacia la entrada y he aproximado mi ojo derecho a la mirilla. He observado la imagen ovalada del rostro de Julia, que miraba a su vez a través de la lente, lo que me ha

hecho retroceder bruscamente antes de abrir la puerta. Invade mi morada portando un plato cubierto con papel de aluminio bajo el cual se esconde uno de sus maravillosos bizcochos cuyo aroma a bienestar toma la atmósfera por unos instantes.

Julia es una setentona divorciada que llena su vacío existencial con una permanente actividad, acompañada de una verborrea que solo detiene cuando toma aire para continuar hablando. La ausencia de tensión sexual entre ambos—la fuerza de la gravedad, con la consiguiente caída libre de nuestros cuerpos hacia la superficie terrestre, ha actuado de manera implacable— facilita que podamos vivir puerta con puerta y pasar el uno a la casa del otro sin incomodidades.

—... te he traído un trozo de bizcocho de naranja que he hecho esta mañana. ¿Te has enterado de lo de Pili, la del cuarto izquierda? ¡Se estaba pasando por la piedra al presidente! ¡A Fernando, el de las gafas de culo de botella! Los vio el portero dale que te pego en en el garaje, dentro del coche...! Por cierto, que Fernando acababa de heredar...— a partir de ahí continúa con su relato que escucho asintiendo con gesto de atención. Ojalá el nuevo mando pudiera paralizarla a ella también con tan solo presionar un botón, pero un sentimiento de empatía y compasión termina imponiéndose. Miro de reojo al historiador, que sigue como le dejé, y me doy cuenta de que Julia y él no son muy distintos. La única diferencia es que el primero abarca un espacio temporal más amplio— es un cotilla de vía ancha, por así decirlo— y cobra por ello independientemente de su reconocimiento social. Dudo acerca de a quién prefiero, porque escuchando a mi vecina hago una labor social, me siento acompañado, no pago un euro y en cuanto salga por la puerta voy a prepararme una taza de chocolate en la que mojaré un generoso trozo de bizcocho de naranja.

EDUARDO BIEGER VERA

LILITH

Todo empezó con el descubrimiento de aquel lienzo. Cubierto de siglos y polvo, dormía en un rincón olvidado de la sacristía entre todo tipo de trastos viejos. Pero aún bajo la pátina del tiempo, aquella hermosa mujer de cabellos encendidos provocaba en el párroco una atracción irrefrenable. Deshojaba los días y las noches contemplándola embelesado. Los asuntos de la parroquia los despachaba con enorme celeridad para volver a su lado. La misa dominical apenas alcanzaba los diez minutos y dejando a un lado las cartas de San Pablo, la lectura se centraba en el amoroso Cantar de los Cantares. Fue doña Asun la que propuso mostrar el hallazgo a su nieta, estudiante de último año de Bellas Artes. Después todo se precipitó, el traslado de la pintura, su estudio, la restauración. En su ausencia, el párroco languidecía consumido por la pena. Apenas se dejaba ver. Al poco, desapareció. El día en que expusieron la obra en la capital, un nuevo vigilante comenzaba su trabajo en el museo.

RAÚL GARCÉS REDONDO

SÓLO BAJADAS



—Es aquí, verdad?

Eso ha sido lo que he preguntado —al aire, al gentío, a las no sé cuántas almas que se apretujaban allí dentro—, y no he recibido ninguna respuesta clara, porque no he hecho una pregunta clara. Murmullos, asentimientos, negaciones...

Y lo que está claro ahora es que me he equivocado de ascensor. Pero eso lo he sabido más tarde. Un poco más tarde y demasiado tarde. Solo cuando he sentido en mi pecho ese impulso hacia arriba propio de las bajadas súbitas y veloces he advertido mi error fatídico.

Ya me lo decía mi madre: —Hijo, a veces es mejor pensar primero y actuar después, que tú vas un poco a lo cabestro.

En este momento me acuerdo de ella, pero ni siquiera ese pensamiento me trae un poco de consuelo.

Yo lo único que puedo decir para justificarme es que en la confusión del juicio, las trompetas, los ángeles y todo ese lío, me he precipitado al ascensor de bajada.

Me arrepiento de haber sido tan atolondrado, sí. Pero de qué me sirve ya el arrepentimiento. Tarde para rectificar, tarde para suplicar.

Ya me conformaría ahora mismo con poder preguntarle a esa voz metálica y robótica que anuncia las paradas —primer círculo, segundo círculo...— si al menos me estaría permitido bajarme en el de los lujuriosos.

MIGUEL IBÁÑEZ DE LA CUESTA

NO SON PULGAS

Amí no me engañaba. Mamá decía que era el viento, que esas cosas no existían, que veía fantasmas donde no los había y que como siguiera con esta imaginación mía tan calenturienta en vez de acabar regentando el negocio de relicarios de papá iba a terminar, en el mejor de los casos, de nigromante o vidente de causas perdidas, cuando no como paciente de una clínica de tarados sin remedio. No sé si tendría que ver algo en esas sospechas mías el hecho de que mis primeros recuerdos de infancia de mi abuela y mi madre estaban asociados a las viñetas en blanco y negro del cuento de Haensel y Gretel, donde la bruja maléfica preparaba todo tipo de ungüentos en una inmensa caldera en la que mezclaba vísceras de rana hembra, creadillas de arañas, cenizas de cadáveres de topos, ralladuras de limón, y ojos –ya no ojos- de todo bicho viviente que cayera en las trampas que la bruja esparcía alrededor de su casita de chocolate, mientras en jaulas que pendían del techo como farolas tristes permanecían prisioneros, atocinándolos, perros, cuervos y Haensel y Gretel, los protagonistas del relato.

Aunque mamá y la abuela decían que eso que preparaban en el puchero gigante no era otra cosa que jabón casero a mí no me engañaban. Tendría que ser un jabón milagroso, pues igual servía para fregar los suelos, cicatrizar heridas, como goma de borrar, para lavar la ropa o enjabonarnos el cuerpo; eso sí, jabón con escasa espuma, color ambiguo y olor neutro, cuando no desprendía un hedor finísimo a no sé qué, pero sin duda no eran aromas a colonia ni lavanda. Y a mí no me engañaban. Algo misterioso tendrían que pertrechar en ese puchero gigante pues cuando estaban manos a la obra hablaban en voz muy baja,

casi susurraban, como cuando alguien confiesa sus pecados, cubrían su boca y nariz con un pañuelo de los de padre, de esos recios de cuadros azules y blancos que usaba para sonarse la nariz, espantar las moscas o cubrirse la cabeza para protegerse del sol haciendo un nudo en cada extremo; también usaban unas gafas grandes, como de buzo, y enfundaban sus manos en unos guantes de látex; además, me prohibían que me acercara argumentando que me podría salpicar algunas de las pompas que danzaban sobre el perol como si fuera una lava bailarina, pero a mí no me engañaban; yo no era como esos gatos y ratones entremetidos, a los que sospecho que engatusarían porque, como por ensalmo, tras cada “aquejarre” desaparecían algunos días, algunos, incluso, lo hacían para siempre. También, como la bruja del cuento, aderezaban esa pócima con ralladuras de limón y unas bolitas, como perlas, más pequeñas que mis canicas de cristal, que entraban en erupción con unos gases que nublaban la estancia y olían a rayos (no sé cómo olerán los rayos, pero mi padre siempre que usaba esa frase se llevaba en forma de pinza el pulgar y el índice a la nariz). Me hablaban, para mantenerme alejado del potingue, de los peligros de una cosa que ellas llamaban ahuecando sus voces y con mucha teatralidad *sosa cáustica*. Pero a mí no me engañaban.

Por eso cuando ahora me dice que no haga caso, que los espíritus solo existen en las pesadillas o en las novelas de misterio y que será el viento el que mueve por debajo el colchón o alguna que otra pulga juguetona la que tira de la colcha y la levanta, haciéndome cosquillas en la planta de los pies, no me lo creo. Yo sé que el viento, con las ventanas cerradas, no se va a deslizar debajo de la cama para asustarme; tampoco que algún muelle del colchón se rebele al voltearme en la cama -eso argumentó mamá-, más que nada porque este colchón tan mullido es una antigualla heredada de los abuelos y sus entrañas están habitadas por una borra acogedora que es la envidia de las nuevas tecnologías de descanso.

Además, tampoco me creo que las pulgas tengan tanta fuerza como para desbaratar las sábanas tan bien remetidas y, sobre todo, no me

creo que hayan sido las pulgas las que hayan dibujado esta noche en las plantas de mis pies unas calabazas de Halloween. Igual mi hermano mayor, que me tiene manía...

MANUEL LAESPADA VIZCAÍNO

MARIPOSAS

Hacía diez años que no sabía nada de ella, pero reconoció al instante su voz; melodiosa, rasgada y profunda. Casilda le habló como si nunca hubieran perdido el contacto, apenas se entretuvo con formalidades, aunque empezó disculpándose por lo que iba a pedirle. Le explicó el motivo de su llamada, sin demasiados detalles, y le confesó que necesitaba verlo. Elio balbuceó un montón de preguntas, ni siquiera podía creer que lo hubiera llamado, pero Casilda no iba a perder más tiempo dándole explicaciones. Antes de colgar el teléfono, le dictó una dirección y se despidió con un tono que no pretendía ser elocuente: «Lo entenderé si no vienes». Aturdido por las razones y la concisión de Casilda, Elio buscó una hoja en la mesa de su despacho y, aunque apenas lograba enlazar las letras, anotó la dirección con la mejor caligrafía que pudo. Después, cuando le contó a su mujer quién era Casilda y la conversación que había mantenido con ella, Paz insistió en que se olvidara de aquel asunto; no le correspondía satisfacer los deseos de aquella mujer. Sin embargo, él se pasó la noche pensando que la voz de Casilda volvería a darle un vuelco a su vida.

Al día siguiente, mientras Paz trabajaba y Alex pintaba en el salón, Elio supo que se sentiría demasiado culpable si no lo hacía, y decidió marcharse a Granada esa misma mañana. Revisó uno a uno todos los papeles que tenía sobre la mesa del despacho, pero no encontró la hoja donde había anotado la dirección de Casilda. Comprobó que en el despacho no estaba. Buscó en los bolsillos de la ropa que llevaba el día anterior y entonces recordó que ya se había puesto el pijama cuando Casilda llamó. Rebuscó en los dormitorios y en la sala de juegos, y exa-

minó cada rincón del salón, fingiendo que escuchaba lo que le decía su hijo. En el baño no se entretuvo mucho, pero al llegar a la cocina, desesperado, terminó vaciando el cubo de la basura en el suelo; se aseguró de que nadie la había tirado. Era imposible que se hubiera esfumado, pero Casilda no podía permitirse que él perdiera más tiempo buscando la hoja. La llamó repetidamente y no respondió. Tuvo un pálpito. Por un momento creyó que todo había acabado. Volvió al salón, derrotado; no podía dejar de pensar que era el último deseo de una mujer moribunda y él ni siquiera había sido capaz de decirle que anhelaba encontrarse con ella. Pero entonces, su hijo, dándole una hoja, le dijo: «Papá, mira lo que he pintado, te lo regalo». Y Elio contempló dos mariposas azules sobre la dirección de su profesora de canto.

LUPE REDÓN MONTAÑÉS

TODA UNA VIDA

Elisa levanta la mirada sobre el vapor de la taza de café que se lleva a los labios y contempla a su marido, despeinado, sonriente, con el mismo aspecto que tenía cuando se conocieron, muchos años atrás.

Le gusta comenzar así el día, con buen ánimo, contagiada por su juventud, por su mirada, en la que vuelve a verse joven. Incluso se prepara las tostadas a la antigua, con una tostadora eléctrica, como hacían entonces. De lo que no prescinde es de la holográfica presencia de su periodista favorita, Susana Rosa, sentada con ellos a la mesa, en un trío bien avenido, desgranando las noticias. Eso es mucho mejor que la televisión de cuando eran jóvenes. Está allí mismo y a veces hasta se inclina y le susurra algo *off the record*. Mantiene con ella conversaciones al hilo de la actualidad mientras desayuna, en las que participa hasta Alberto, su marido, con desenfado juvenil. ¡Qué se jodan!, exclama con ímpetu ante algún desaguisado en una etnarquía oriental. Susana le reprende amablemente por usar un lenguaje inapropiado al tiempo que le guiña un ojo. Estoy contigo.

Hoy Elisa no tiene mucho tiempo. Ha quedado con unas amigas para visitar Tanzania en un jeep con equipamiento holosensorial. Estarán allí en tiempo real, en *streaming* holográfico. Recorrerán la sabana y podrán acercarse todo lo que quieran a los leones. Después irán a un resort a un concierto tecno tribal y bailarán hasta caer rendidas. Y todo sin tener que moverse de casa. Durante las cinco o seis horas que estará “fuera”, Alberto se retroalimentará e irá sumando años y cambiando su fisonomía.

Engordará un poco, perderá el flequillo y cuando Elisa vuelva será un

marido ya más hecho, avanzada la treintena. Una presencia segura, amorosa, confortable, que la saluda con un beso y un achuchón. Toman juntos un almuerzo tardío antes de irse a la cama para un coito reparador y una siesta ligera.

Elisa dedica la tarde a podar su jardín vertical, a probarse modelos que fabrica en su patronaje automático, a hacer una tarta deliciosa con su club de amig@s reposteras. Alberto mientras tanto envejece por horas y cuando llega la noche ha pasado ya de los cincuenta. Cenar juntos pero la compañía de ese hombre al que tiene demasiado visto y demasiado oído, la disgusta. Ya no es el que fue. Está ajado, por fuera y por dentro. No habla más que para conversaciones casposas y cuenta chistes malos. Se sumerge en un holo libro para evitarlo.

Cuando dos horas después emerge de una aventura detectivesca se encuentra a un anciano que huele a orines y babea. Para colmo pretende acostarse con ella. La acosa extendiendo hacia sus pechos unas manos amarillentas con las uñas negras. Le resulta tan insoportable que va la cocina, coge su cuchillo japonés más afilado y se lo clava veinte veces en el pecho. Tras ese desahogo se queda más tranquila. Se da un buen baño caliente, sin que la moleste nadie. Ya en el estuche ergonómico de su dormitorio prepara las actividades del día siguiente hasta que, con una leve ayuda barbitúrica, la invade un satisfecho y digno sueño de viuda.

Confiada en despertar enamorada como una adolescente.

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ MUÑOZ

LAS PERSEIDAS

Legaban las ansiadas vacaciones para mi familia, y para mí. Mi marido había acomodado la furgoneta para nuestro viaje. Daba gusto viajar así. Mis dos hijos, Paula y Loren disfrutaban más dentro que fuera de ella.

Este año iríamos hasta Italia.

Loren estaba eufórico, no hacía más que pedirle a su padre ir delante con él. Se quedaba embobado viendo como cambiaba las marchas y el intermitente le fascinaba. Pero no podía ser. Ese sitio me correspondía a mí. Así que, tras la primera llorera de las vacaciones, los dos se sentaron en sus sillas adaptadas y les puse el cinturón. Comenzaba nuestro viaje, ¡qué nervios!

Cruzamos la frontera de Francia relativamente temprano, no sin antes hacer parada en Zarautz y corretear un poco por la playa. Queríamos llegar a París. Dormimos en un pueblo llamado La Roque-Gageac y contemplamos las perseidas de agosto. Como no, hubo discusión entre Paula y Loren por usar el catalejo.

Tras las perseidas, la noche quedó muy oscura en aquel lugar. Encendimos nuestras linternas y la tablet de James para contar historias. Al principio eran historias inocentes sobre aquel precioso monte, pero la cara de James al seguir leyendo cambió, me miró como diciendo "esto no se lo voy a contar a los crios". Entonces les dije que iba siendo hora de dormir, mañana teníamos que seguir viajando. Les acosté y les besé en la frente. Cerré la puerta delantera que separa las camas de la cabina de conducción.

La puerta de James estaba abierta y la tablet sobre el asiento. Pensé

que mi marido habría salido a tomar un poco el aire, porque la verdad que hacía bastante calor para ser la una de la madrugada. Salí de la furgoneta en su busca, esperaba encontrármelo sentado en alguna roca cerca del río. Pero no fue así, no había rastro de él. Comencé a asustarme y regresé a la furgoneta. Las puertas estaban cerradas. ¡Mierda! Por no despertar a los niños, decidí llamarle al móvil. Apagado. Golpeé levemente la puerta donde estaban nuestras camas, pero tampoco hubo contestación.

Pasaba el rato y él no aparecía. Tras el cristal de la ventanilla podía ver la tablet aún iluminada. Mi vista sólo consiguió leer "*La Roque-Gaeac, perseidas, brujas y espíritus*". Pues sí que estamos bien, pensé.

Normalmente soy muy escéptica y creo en estas cosas. Pero ahora solo quería dormir junto a James y mis hijos dentro de la furgoneta y me estaba empezando a poner nerviosa.

Caminé alrededor de la camioneta unas cinco veces más, intentando oír la respiración de mis hijos, pensando dónde podría haberse metido mi marido y maldiciendo no tener una copia de las llaves.

A eso de las seis de la mañana caí rendida, debí quedarme dormida entre las rocas próximas, al frescor de aquel río.

Algo me salpicó desde el agua, posiblemente algún pececillo saltarín mañanero. Inmediatamente me di la vuelta y corrí hacia la furgoneta, pero tropecé con una piedra y caí al suelo. No podía mover la pierna, pero si la cabeza, giré la vista y vi la furgoneta abierta de par en par. Chillé como loca los nombres de James, Paula y Loren. Comencé a llorar, lloraba desconsolada, un grito agonizante salió de mis adentros. No contestaba ninguno. ¿Cómo era posible? ¿A dónde habían ido? ¿Mi familia había desaparecido en aquel lugar? Era imposible, anoche yo misma arrojaba a mis hijos dentro

¿Dónde están dios mío? ¿dónde?

Intenté acceder al móvil que llevaba en mi bolsillo y llamar a la policía. No tenía mucha idea de francés, pero me entendí más o menos con ellos.

Tardaron poco en acudir. Los sanitarios entablillaron mi pierna. Ex-

puse lo ocurrido al agente, el cual hizo varias llamadas telefónicas.

–Lo único cierto señorita Zugasti, es que la furgoneta Reanult es de su propiedad. Pero me temo que usted nunca se ha casado y que tanto Paula como Loren no existen. Siento mucho tener que decirle esto, pero contamos con un gran equipo de psicólogos que la podrán ayudar.

Acto seguido, me desmayé.

RAQUEL CORRALES UCAR

ARRINCONADO

Desde hace dos meses todo le conduce al rincón. Desde hace dos meses, entre murmullos, él ha pasado a ser el otro o el chino. Parece que nadie recuerda su nombre, Héctor, salvo para dirigirse directamente a él. Desde hace dos meses, el dormitorio de sus padres es una habitación donde la felicidad no se escribe en el lecho conyugal sino en una cuna donde germinan lazos de color rosa y besos de talco y colonia.

Esa niña llegó cuando su madre creía que aquello era un trastorno propio de una menopausia precoz. Para los médicos hubiera resultado más creíble el embarazo de una virgen María que aquel caso próximo y terrenal de una mujer a la que en diversas consultas habían certificado su esterilidad.

Lo cierto es que desde hace dos meses, en casa todo supone riesgo de alterar a esa criatura que, ya antes de nacer, a él le amargó la vida. Apenas se confirmó que venía en camino, a Héctor le separaron del pobre Guindo, su caniche, que fue embarcado hacia una protectora de animales porque podía representar una fuente de microbios para la gestante. Lo siguiente fue el reposo de mamá, con papá pendiente de ella en todo instante, lo cual eliminó de un plumazo los buenos momentos que pasaban los tres en la piscina de la urbanización o cuando hacían campeonato de volteretas en el césped del jardín. Lo de comprar la cama elástica había quedado olvidado, por no hablar de las excursiones con botas y mochila hasta la ermita, cuando se reunían en la fiesta de agosto con los parientes del pueblo.

Tras un verano aburridísimo, aquello empeoró cuando a comienzos de octubre sus padres volvieron de la clínica con un paquete envuelto

en una manta blanquísima. De aquella especie de cucurucho sólo asomaba una bola con los ojos cerrados que le acercaron para que le diera un beso en la frente. Apenas la vio, le comunicaron que ya no podría jugar al balón en el pasillo, ni tocar su silbato de árbitro en casa, ni llamar al timbre a lo loco dindón dindón dindón. Es importantísimo cuidar a la chiquitina, fue la justificación para tantas prohibiciones.

Ahora las visitas se empeñan en hablarle de esa niña tan maravillosa mientras le dan bolsas de chuches que no saben a nada. ¿Has visto qué guapa y qué buena es? Sus tíos, como bobos, se postran ante la princesa de los pañales y entregan el enésimo peluche; los abuelos la miran entre incrédulos y agradecidos, buscando en esa carita -que dicen que es de porcelana-, parecidos con tal o cual. Y él, el otro, el chino, en cuanto se pone a hacer el pino o a hacer pompas de jabón en el lavabo, es castigado a pensar, a hacerse chico grande en el rincón, en aquel ángulo recto sin otro entretenimiento que seguir el curso de una gotera que se impone a todos intentos de cegarla con pintura.

Y en esos ratos casi diarios de condena por tirar al suelo un jarrón al imitar a un helicóptero o por salpicar con un disparo de mayonesa el pijamita de la reina nenúfar recién recogido del tendedor, imagina que esa vena oscura que se ramifica por el estucado de su cuarto es una higuera invertida que crece de arriba hacia abajo y en su granulado brotan los frutos. Él arrancarían esos frutos con sus uñas para empotrarlos a puñados en boca desdentada de esa hermana llorona, si no fuera porque se hace daño en los dedos y teme que todo empeorará aún más para él si mancha de sangre la pared.

Alguien animaba ayer a la madre a que denunciara a esos médicos que la habían declarado infértil. Chica, podríais haberos evitado los jaleos de la adopción. Por lo menos, que os paguen los gastos del viaje a esa mierda de ciudad de China, que vaya paliza os disteis. Y él, el chino, el otro, que siempre había oído hablar de China como un lugar maravilloso de donde sus padres regresaron con él como regalo, y tan contentos que organizaron una fiesta con payasos y globos, miró en el diccionario la palabra adopción. Por eso ha entendido por qué hoy, que ha traído un diploma del concurso de clase de dibujo, sus padres le han

dicho que muy bien, pero no le han llamado campeón ni se han apresurado a enmarcarlo como sí hicieron con el que obtuvo el año pasado en la carrera infantil del distrito.

Hoy llueve y la calle es un archipiélago de charcos, como si un mar subterráneo quisiera tragarse al mundo. Hoy Héctor merienda solo, castigado por haberse acercado a la cuna con el chubasquero chorreando. Pobrecita, se puede enfriar si la mojas.

Y hoy Héctor, clavando sus ojos rasgados en el rincón de ese hilo que sobrevive a los brochazos antihumedad, ve que de él penden navajas para destripar muñecos y horcas para las niñas con mofletes de amapola y párpados de nácar.

Coge una cartulina y saca sus lápices. Esa lámina será la primera de las que no llevará al colegio.

VICTORIA TRIGO BELLO

PALOMITAS DE MAÍZ

No crea, don Antonio, que no me daba cuenta de lo que usted hacía por nosotros. Por esto, siento ahora un profundo agradecimiento hacia usted. Puede que entonces sólo me importara las golosinas, los helados, las atracciones de la feria, los comics o las palomitas de maíz que me compraba las tardes de domingo. Todavía guardo un hondo recuerdo de aquellas tardes de domingo. Usted llegaba puntual a recogernos. Mamá montaba en el asiento de delante, y yo me recostaba, satisfecho, en los asientos traseros, soñando con que me viera alguno de mis compañeros de colegio montado en un coche tan grande y bonito. Usted aparcaba frente al cine. Nos acercábamos a las carteleras y era mamá quien elegía la película.

Pero el recuerdo más grato que guardo de aquellas tardes de domingo, no eran las películas.

Eran las palomitas de maíz. Usted me compraba un enorme cucurucho, lleno hasta los topes.

A pesar de ser un niño como era, y el egoísmo propio de cualquier chico de mi edad, compartía con mamá y con usted las palomitas.

Cuando era más niño todavía y no le conocía a usted, mis compañeros se reían de mí porque no tenía padre. Y yo me refugiaba en un apartado rincón del patio para que no me vieran llorar. Cuando usted apareció en nuestras vidas, yo decía a mis compañeros de colegio que sí tenía padre, que se llamaba don Antonio y que me hacía muchos regalos. Fue una de estas veces cuando Adrián dijo que usted no era mi padre y que mi madre era una puta; y yo le rompí la nariz de un puñetazo.

Ahora que no soy ningún niño, sé que no eran sólo los regalos que me hacía, que también pagaba usted la ropa que vestíamos, y hasta la comida que mamá ponía encima de la mesa. Ahora sé todas esas cosas. Y que fue usted quien pagó mis estudios.

En aquel tiempo, me bastaba con los regalos, con las palomitas de maíz las tardes de domingo y con salir cogido de la mano entre usted y mamá para ser feliz. Cuando se es niño, no se plantean ciertas preguntas. Las cosas son como son, se aceptan, y basta. Ahora, don Antonio, sé muchas cosas acerca de la vida. Ahora sé que mis compañeros de colegio llevaban razón cuando decían que no tenía padre. Padre conocido, claro. También sé que Adrián llevaba parte de razón en lo que decía, y que hice bien rompiéndole la nariz de un puñetazo.

No me importa saber qué le daba mamá a cambio. Yo no soy quién para juzgaros. Y menos, el imbécil de Adrián.

Quiero decirle que fui feliz desde que usted apareció en nuestras vidas. Que recuerdo con alegría aquel tiempo de mi infancia y que no puedo evitar un sentimiento de felicidad, agradecimiento y amor al recordarlo. Y que sigo viniendo al cine las tardes de domingo, como entonces, y compro también a mi hijo un enorme cucurucho de palomitas de maíz, que comparte con mi esposa y conmigo. Y que cuando recuerdo todo esto, me echo a llorar como si fuera un niño. Entonces, mi hijo se queda mirando fijamente, preocupado, y me dice:

—¿Por qué lloras papá?

Y yo que no tengo palabras para explicar a mi hijo todo lo que aquí le cuento a usted, le digo:

—Hijo, es que las películas tristes me hacen llorar.

LUIS AUÑÓN MUELAS

ZAPATOS NUEVOS

¡Aaaaah!, pero que maravilloso es estrenar zapatos nuevos, relucientes, brillantes, lustrados. Se derrama un cuarto del sueldo sobre el mostrador de una zapatería y aquí están, como por arte de magia, refulgiendo orgullosos sobre la vereda. Se adelanta un pie, luego el otro, y ya estamos caminando en dirección a nuestro hogar una mañana resplandeciente de sol y de brisa, tal vez más memorable aún por nuestra nueva adquisición. Así sí se camina sonriendo, disfrutando el cielo, apreciando el taconear de éste sueño hecho realidad, toc, toc, toc, toc, al compás de su música arrabalera. Incluso a lo lejos creo desentrañar el rezongo de un bandoneón... ¿o es un tren?, no sé, y tal vez ni siquiera importe... porque me detengo tan solo dados algunos pasos cuando el espanto se presenta del brazo de lo imprevisto: hay basura suelta frente a mí, descarriada, amenazante, regodeándose impertinente en el suelo. Se me revuelve el estómago en cuanto, obligado por las circunstancias, veo hacia abajo y adivino tras el lustre de mis zapatos los dedos de mis pies, inquietándose dentro de su reluciente morada de cuero. Ahora, y ya definitivamente amargado por mi súbita sensibilidad, puedo percibirlo todo: el polvo danzarín, el polen arremolinado, y la broza, un rímero de ramas y de hojas crocantes que tras un asentir del viento se le trepan para cabalgarlo en desenfreno. ¿Y que pasara más adelante?: tal vez desechos perrunos, un chicle blandito, el agua de la manguera de un encargado de edificio transmutada en charco... trampas mortales edificadas hacia la catástrofe. ¿Qué engranaje maligno del destino hace de una mañana gloriosa, de una compra fortuita, una necesidad de preservación?, ¿qué enlace perverso de la suerte devuelve mi ingenua in-

tención convertida en una preocupación desmedida? Una turba de gente dando la vuelta a la esquina amenaza con atropellarme. ¡Cuidado!, no me pisen, ¡cuidado!, que no pise. Zapatos de cuero negro con punta redonda y detalle picado, brillantes como un relámpago en una tormenta, listos para la milonga, adecuados para impresionar a Mabel. ¡Cuidado!, un perro, ese fabricante de desechos inconmensurables y adherentes, ¡Cuidado!, un charco, ¿qué digo un charco?, es un lodazal, una ciénaga, que ante un fortuito pisotón podría convertirse en una explosión de pequeñas partículas de esa húmeda viscosidad que los expertos han de denominar agua. No. No señor, no puedo descuidarme, una zanja, un imprudente bajar del cordón de la vereda hacia ese mugriento líquido estancado, tal vez un poco de barro, quizás un auto que gira impaciente por la implacable bocacalle... la desgracia podría presentarse trasmutada incluso en la suciedad de una paloma, y yo estoy tan cerca, tan pero tan cerca, a sólo una cuadra de la seguridad de mi hogar... Pero claro, eso no ayuda a mi propósito porque me he quedado inmóvil, paralizado por el pánico, sin ánimo ni movimiento, ¿quién iba a creer que unos zapatos nuevos se iban a convertir en una prisión emocional, en un claustro, y en un persistente llamado de clemencia?, ¿cómo iba a suponer que el mundo todo se volcaría burlescamente en mi contra y se asiría a mi angustia? Tras la cavilación, un hálito de inspirada voluntad se apodera de mí, y zumba en mi memoria un tango canyengue. Es tiempo de bailar y ya estoy en marcha, nuevamente, aunque con mariposas en el estómago, temblor en las piernas y adrenalina tibia, surcando cual balsa ensortijada el caudal de mis venas. Dándole la espalda al miedo doy pasitos para aquí y para allá, al compás del dos por cuatro, esquivando los desechos del terreno. Bien. Un corte exacto, un pasito, una quebrada con precisión quirúrgica, otro pasito, un ocho irreverente y finalmente un molinete... si me viera Mabel... danzo como una pluma sobre su suspiro perfumado, y así me mantengo intacto, etéreo, amparado en el carmesí de sus labios. Tan solo un cuarto de cuadra me separa del éxito, de la culminación de la faena, de la preservación del calzado, de una caja con algodones. Ahora me detengo a pocos pasos del hall de mi edificio para contemplar el recorrido, la ve-

reda está húmeda, mal presagio, José, el encargado, ha estado baldeando... sin embargo, la trayectoria parece relativamente sencilla y convencido de esto sucede lo inevitable: un paso, pequeño, timorato, y luego otro, mediano, indeciso, nada célebre, y enseguida un tercero, osado, heroico, inusitado. Y finalmente el optimismo, la confianza, y el pecho inflado con el éxito que se avecina se apoderan de mí, resta una última zancada, ¿qué digo zancada? será un brinco hacia el destino, un salto hacia la gloria... y ahí voy, por un aéreo segundo todo parece volver a su cauce, todo es un asentimiento de la vida... vuelo como un gorrión, y claro, una baldosa floja.

DIEGO BARBADORI

LUNA LLENA

Los científicos más reputados del planeta se habían rendido, viéndose obligados a reconocer que no encontraban explicación alguna para semejante fenómeno. También los iluminados y oportunistas que aprovecharon la ocasión para erigirse como verdaderos profetas y fundaron cientos de sectas, cuyos seguidores no dudaron en echarse a la calle preconizando el apocalipsis, perdieron fuerza al constatar que, aunque llevase ya más de seis meses parada, no se había acabado el mundo y las miles de desgracias vaticinadas no habían assolado nuestro imperfecto planeta. La noticia dejó de serlo y el foco de atención volvió a dirigirse hacia desgracias más habituales de nuestro mundo.

De todos los millones de habitantes que pueblan la faz de la tierra, solo dos habían saboreado plenamente el fenómeno desde el primer momento. Disfrutando de la cálida noche de verano en la terraza de su ático, Luis se sentía feliz recordando como hacía seis meses, dos días, cuatro horas y veinticinco minutos se había arrodillado delante de Mario para darle un anillo y pedirle matrimonio. Mario emocionado le preguntó que qué podía ofrecerle a cambio. Luis se fijó en la preciosa luna llena que les iluminaba y se la pidió.

Mario que tanto le amaba no dudó en complacerle.

YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO

RIGOR MORTIS

Tuve miedo pero no quise que mi padre y mis hermanas me creyesen cobarde. Me acerqué a presentarle mis respetos al gato que nos había acompañado durante veinte años. Yacía en una caja abierta sobre un cojín bordado por las mujeres de casa, siempre fue un consentido.

Había muerto de viejo y olía a trapo rancio pero me callé. Por fin conseguía librarme de esa fiera que, por ser el único hombre de la casa, disputaba conmigo el territorio a zarpazos. Aprovechaba cuando no miraban sus benefactoras para lanzarme las garras y yo, por no contrariarlas, lo aguantaba.

Me pidieron que le besara por última vez, me agaché ofreciéndole la cara ¡torpe de mí! Me la cruzó con las cinco uñas de su pata derecha, hundiendo el arañazo hasta el mismo hueso. Mientras me curaban y aún sangrando, ellas todavía le defendían, echándole la culpa al rigor mortis.

HERMINIA DIONIS PIQUERO

MARI PILI

Tení 9 años. Lo recuerdo porque el domingo anterior había tomado la comunión. Tan de blanco con mi vestido de princesa, con ese casquete de tul plisado que apretaba la cabeza y pronunciaba los mofletes. Con alhajas de verdad, de oro de veinticuatro quilates, que mi madre había comprado a plazos, y con un reloj de esfera cuadrada que era la moda. Imposible olvidar ese día y esa época. Tan fácil de vivir.

El jueves siguiente a ese domingo, una atronadora música sonaba en la esquina de mi casa. Era un pasodoble que salía de los pulmones de una trompeta. Regresaba del colegio y mi oído me llevó hasta el mismo origen de la melodía. Tres personas formaban un círculo: el músico, una mujer que forzaba a una cabra amaestrada a girar sus pezuñas sobre la estrecha superficie de un taburete y un niño que recolectaba dinero por el espectáculo.

—Mari Pili, ponme alguna pesetita. —Me abordó agitando la gorra de tela que llevaba entre sus manos.

Retrocedí. No tenía dinero, no me llamaba Mari Pili y era gitano. La piel morena, el pelo negro -no sé sin ensortijado o simplemente sin peinar-, los ojos oscuros, los dientes largos, como los de los camellos que no pueden esconder detrás de los labios, delgado, las rodillas mugrientas y las uñas de las manos, también.

Seguí huyendo. Recordé las palabras de mi madre que tantas veces me había advertido: “No te juntes con los gitanos”, “no juegues con ellos en el recreo, ellos por un lado y tú por otro”, “no hay gitano bueno”. Y

otras muchas frases que habían llegado a mis oídos a mi corta edad: “No vayas por ese barrio que viven los gitanos”, “esos viven amontonados como gitanos” y “vienes hecha una gitana”, cuando subía sudorosa y sucia de jugar en la calle.

Estaba tan aleccionada que, pese a no haber visto nunca a uno, lo identifiqué enseguida cuando se acercó pidiendo un dinero que no tenía ¿Qué iba a tener yo si volvía del colegio y tenía nueve años?

Hoy tengo treinta años más que esa tarde y he sustituido la mochila de nylon de Heidi por un bolso de piel de la marca Loewe. Me han ido bien los negocios. Estudié arquitectura, pero terminé abriendo una inmobiliaria y luego otra y otra, en el momento en que el dinero circulaba de mano en mano sin pasar por el banco.

Una fanfarria quiebra la quietud de un soleado día de primavera. La suela de mis zapatos golpeando el pavimento tienen más armonía que las notas que se descuelgan de un teclado de piano desafinado y estridente.

En el ángulo que forma el cruce de dos calles, un animal se encarama a una escalera portátil de madera. Sube los peldaños recreándose, como si supiera que lo están mirando y, cuando está en la cima, gira con seguridad y podría decir con elegancia si no fuera por el pelaje cardado adornado con sucias hierbas y hebras de origen desconocido.

Se repite la escena, aunque los actores están cambiados. Ahora es la mujer la que aporrea el instrumento musical, el chiquillo ejerce de domador y el padre recauda.

Se acerca. Avanza con pasos largos, brazos fuertes y manos nervudas que sostienen el platillo en el que hace sonar las monedas a modo de reclamo. Un faldón de la camisa por fuera de la cintura, el otro por dentro. No le importa. Ni las manchas en el pantalón. Ni que el dedo gordo del pie izquierdo asome por la zapatilla.

La piel, que alguna vez tuvo que ser suave, ahora es áspera y está llena de poros negros. Unas cejas frondosas están dibujadas a compás

encima del hueco de los ojos, de un color marrón común, pero alegres que se mueven inquietos. Las pestañas tupidas caen de forma seductora, invitando a los espectadores a contribuir.

Una cicatriz vertical cuelga de la mejilla como premio de una hazaña de la que salió triunfante o quizás sea la lágrima de un fracaso. El bigote es un bosque de pelos negros que ocultan a unos dientes díscolos, voluminosos, desiguales, sin orden. Y así, con esa dentadura de rumiante, me habla:

—Ponme algún eurico, Mari Pili.

JOSE GARCÍA PASTOR

DOBLES DE AMOR

La gran actriz Rosalinda Quiroga está delante de las cámaras intentando dar unos pasos de baile.

–¡Corten! ¡Corten! ¡Rosalinda, usted no tiene ni idea de lo que es un tango! ¡La Doble, a escena! –grita el director.

Por fin me toca a mí. ¡La doble soy yo! Hasta ahora no había tenido que intervenir en esta película porque las escenas que se han rodado han sido de diálogos y primeros planos. Hace algún tiempo fui elegida como doble de Rosalinda porque me parezco a ella y porque soy bailarina. Es un trabajo por el que me pagan un buen dinero y poco a poco, película tras película con la gran actriz, me estoy haciendo un sitio en el mundillo cinematográfico.

Pero debo ser sincera. Lo que realmente me interesa en esta película es conocer en persona al actor principal. Voy a tener la oportunidad de hacer de doble compartiendo escena con el hombre de mis sueños, el maravilloso Matías Duarte. Esta es mi gran oportunidad para enamorarlo. Sé que con una mirada lo voy a enamorar.

Es el hombre perfecto. Conozco su carácter, su personalidad, su comportamiento en la vida. Nadie lo conoce tan bien como yo. Es un hombre sereno, pero al mismo tiempo vital. Adoro su expresividad, carisma, seguridad, amabilidad, simpatía, inteligencia, valentía..... Pero lo que más adoro de él es su forma de bailar, ¡cómo se mueve!

Es la hora de darlo todo. Se oye la voz del ayudante de dirección diciendo “acción”. Templo mis nervios y me pongo en posición, proce-

demos al abrazo estrecho e iniciamos la caminata. Estoy entre los brazos de mi amado.

–¿Pero, qué ocurre? –Mi gran amor, que tendría que estar dirigiéndome en este baile, titubea y tropieza ¡Me ha pisado!

–¡Corten! ¡Corten! ¿Usted tampoco sabe bailar ni un maldito tango? –vuelve a gritar el director.

–¡No es mi culpa, es ella que es tonta y torpe! –balbucea mi gran amor dirigiéndose a mí.

–Le aseguro Sr. Duarte que yo sé bailar un tango –contesto con total rotundidad.

–¿Pero que he hecho yo para merecerme esto? –se lamenta el director no creyendo lo que dice Matías Duarte –¡el doble, que salga el otro doble! –ordena.

Sale el doble de Matías Duarte y nos ponemos en posición. Se vuelve a oír “acción” y me enlaza estrechamente. Procedemos a la primera caminata y enseguida hacemos un corte realizando inmediatamente un firulete. ¡Qué bien baila este doble!

–Baila usted muy bien. Yo creía que Matías Duarte no utilizaba doble –le susurro.

–Y yo creía que Rosalinda Vargas tampoco utilizaba doble –me dice al oído.

–Debo confesarle que estaba enamorada de él –le digo.

–Y yo debo confesarle que estaba enamorado de ella –me dice.

–¿Eso quiere decir que yo estaba enamorada de usted? –le pregunto.

–Sí. Y eso quiere decir que yo estaba enamorado de usted –me responde.

Guardamos silencio para dar paso a la magia. Nuestras miradas se unen, así como nuestras manos y brazos para acompañar lo que estamos viviendo: un romance de tres minutos ante las cámaras.

M.^a JOSÉ RAMÍREZ ESPEJO

UNA NOCHE SIN POESÍA

campo de fútbol también llora
amapola no se ensucia
raíz perdida crece sola

La discoteca está vacía, apenas dos o tres personas en la barra y un grupo de cinco hombres de unos treinta y tantos en la pista, vestidos todos de traje, algunos con la corbata suelta y la camisa manchada que muestra que están de despedida de soltero. No tengo ganas de tomar alcohol pero me invitan a una copa y yo no rechazo nada gratis. Bailo con los ojos cerrados porque me da vergüenza mirarme si estoy sobria. Me muevo dura, como si mis piernas no respondieran a la música techno. De vez en cuando me acerco a la barra a tomar un trago de la copa gratis y escondo la cara detrás de mis brazos como si me hubieran obligado a salir de fiesta y yo hubiera aceptado sin quejarme, aunque en realidad quisiera estar dentro de un huevo de cáscara blanda, no haber nacido. Busco en mi cartera el labial negro y me lo pongo. Trato de deformarme para olvidarme de mí misma. A qué he venido sino a eso. Un camarero en la barra tiene los labios operados. Los miro fijo y me sirve un chupito de tequila. Le pago con un beso baboso que le deja la boca toda negra, y el cuello y la camisa y le beso hasta en el ojo, parece que le hayan dado una paliza. Ya empiezo a sentir las piernas, la música techno retumba en mi cabeza y mientras bailo miro fijo un foco que parpadea una luz blanca, a ver si me deja ciega de una vez.

el presente no es ceniza
risa del loco, la frontera
y un somnífero de cristal

Uno de los hombres, tal vez el que se casa, se acerca y se le cae la corbata. Me pregunta si estoy sola y no digo nada porque pocas veces respondo a lo evidente. Está a punto de hacerme un chiste, se lo noto en la respiración, los dientes se le agrandan y se agita como buscando alguna ironía, le pido que se calle antes de que empiece a hablar, no hay nada más asqueroso que un desconocido con olor a ajo tratando de ser gracioso para echar un polvo. ¿Coca quieres? El solterón usa todas sus armas de seducción. Termino la copa de un trago y prendo un cigarrillo, ocupo mis manos, las mantengo dentro de la cáscara del huevo porque si salieran ahora sólo sería para abofetear a un desgraciado. La gente que llega no nos mira, algunos van al baño y se quedan ahí un rato, otros se sacan fotos al lado del DJ como si fuera alguien famoso, y un par pierden el tiempo besándose borrachos al lado de sus abrigo y bolsos amontonados en la barra. Me alejo hacia la pista con mi copa y mi cigarro, el solterón me sigue como si fuera su última presa antes de casarse. Yo me agacho, agarro la corbata del piso y la guardo en el bolsillo de mi chaqueta, nunca se sabe. Él saca el móvil y me filma. No le pregunto qué me filma, pero bailo más, y ahora más rápido, y muevo los brazos como si tuviera más de dos, casi como un pulpo enloquecido, y pudiera arrancarle la cabeza. Aprendí hace tiempo que a menudo es mejor ser monstruo.

bala de goma mata
fotograma que resiste
lluvia sucia también limpia

Prendo otro cigarro para aprender del fuego, nadie mira aun-

que nadie es ciego. Qué hay de mal si filmar es gratis, gritan detrás sus amigos babeando. Corro sin querer, como si mis piernas supieran más de la verdad que mi cerebro. Algo me frena, parece una correa de acero, el límite del miedo.

un portal abandonado
ambulancia desgarrada
barco sin remos ya no avanza

JÚLIA ROSELL FIESCHI

UN SOPLO DE VIDA

Fue una gracia de su nieto pequeño: justo cuando iba a soplar las velas de la tarta, que indicaban un honorable ochenta, el pequeño cogió el cero y lo levantó triunfante entre carcajadas. Él, lento de reflejos, apagó por inercia la llama del número ocho. Entonces, la visión tembló. Los colores palidieron. Un destello blanco lo cegó.

Diluida la cortina del desmayo, comprobó que no había perdido el conocimiento, sino ganado toda una vida. Tenía manos de niño, piel de niño, mirada de niño. Volvía a tener ocho años: los sabía porque, entre sus dedos, brillaba el yoyó que le regaló su madre al alcanzar esa edad. Le dio tiempo a lanzarlo al vacío y recuperarlo: tal como había retornado a esa época, una sacudida lo lanzó de regreso al teórico presente. Su familia, mirándolo con preocupación, le preguntaba si se encontraba bien. El anciano los tranquilizó, y les pidió también que nadie comiera tarta, pues se encontraba indispuerto y prefería compartirla con ellos en otro momento. Lo bueno de ser el patriarca, el dinosaurio del clan, es que todos obedecían sin rechistar, pero con ternura. El pastel regresó intacto a la nevera, apenas por unas horas.

De madrugada, se levantó y caminó a oscuras por el pasillo, ávido por recuperarla. No para hincarle el diente —la glotonería lo había abandonado décadas atrás— sino para comprobar si esas prodigiosas virtudes del postre habían sido una alucinación o no. Aunque vivía solo desde que enviudó, trasteó sin hacer ruido en uno de los cajones del aparador del comedor en busca de las velas a medio derretir de pasados aniversarios. Eligió al azar: dos doses. Las insertó en la cobertura de

nata, las prendió y sopló.

Aquella ventisca lo envolvió y trasladó a aquellos años: conducía su Pontiac impecable por una autopista flanqueada por colinas nevadas y torres de electricidad. Concentrándose mucho, consiguió alargar el recuerdo, o lo que fuera aquello, incluso dar un par de volantazos, para comprobar que la analepsis consentía algún tipo de intervención.

La taquicardia que lo recibió en su vejez no se debió a las espirales del espacio-tiempo, sino a una emoción desbocada. No era el mejor regalo que podía haber recibido por su ochentena, pero sí el salvoconducto hacia lo único que deseaba y ya no podía tener.

Sobre el mantel bordado de la mesa dispuso todos los números de cera que encontró y fue colocándolos por parejas, jugando con las permutaciones como si fuese una lotería, encima de la tarta.

Veinticinco: le dijo, mientras se duchaban, que no valía la pena aceptar aquel trabajo en la fábrica química, que ya llegarían mejores oportunidades.

Treinta y uno: quitándole un cigarrillo de la boca y aplastándolo dentro de su puño, amenazó con desaparecer de su vida si no dejaba de fumar inmediatamente.

Treinta y nueve: frente a un jugoso solomillo, le juró que no volvería a comer animales, y que por favor lo acompañara en aquella dieta libre de sangre y violencia.

Cuarenta y seis: instantes después de que hubieran hecho el amor, tocándole aquella inusual dureza que había brotado en su pecho, insistió, durante los tres minutos que duró el salto, en que pidiera cita en el médico para hacerse una mamografía, por si acaso. Regresó a la oscuridad de su hogar, donde el tiempo se había derramado a otro ritmo, quizá ni siquiera transcurrido. Jadeaba por el esfuerzo pulmonar. Las velas que acababa de soplar aún humeaban. El aire de la habitación olía a quemado, sí, pero también a sándalo y cedro, las notas de su perfume. La voz de ella, un timbre jamás olvidado, seccionó el silencio, encogiéndole las entrañas.

— ¿Se puede saber qué haces atiborrándote de tarta a las tres de la mañana? Toda la vida insistiendo en que comiera bien y ahora tú te cebas a escondidas como un crío. Más te vale que me hayas guardado un trocito, sinvergüenza. Pero... ¡no llores, hombre! ¡Que te estoy tomando el pelo!

NACHO SAMPER

L'OMBRE FIERO

Diz que, antismás, campaba por Sierra Ferrera un ombre salvachín y furo, espullau y a saber-lo que gran, desinforme, de malas trazas, mal acotraziau, grenudo, sin afaitar, esdentengau y que, por as suyas aparenzias, tampoco no se debía lavar guaire.

As chens que viviban por o pedero d'a sierra, en sabeban d'a suya presencia por os rastros y siñals que deixaba en as suyas gambadas por os campos y ortals d'os lugarons d'a redolada, pa furnir-se de frutas y ortalizias y tot lo que podeba agazipiar, encara que a suya delera yeran as manzanas, más que más as royas. En minchaba con algaria y dimpues de farto se'n levaba buenas morraladas, todas as que podeba, por o mont ent'alto dica o cado que s'eba acotraziau en una chicota Espluga que se troba á o canto d'a Peña Forato, en un catarral, zerqueta d'a Fuente a Plana, á metá d'a costera de Sierra Ferrera, an s'enforcaba en que tornaba de fer os malalzaus. Gosaba plegar-ie escamallau pos, por un regular, teneba que fer as puyadas por a costera ent'alto con a tripa á rebutir y, as más d'as vezes, con buenos morrals u bel roscadero pleno de manzanas y fuyindo d'os perros que se le arremeteban. I plegaba ixafegando, sudaizo espedau y con todas as que podeba porque as suyas garras ya no se'n valeban tener-lo drecho pa caminar.

Aborrezius y rabiosos os lugarencos d'as escardas que le feba l'Ombre Fiero, que ye como ellos le deziban, en as suyas cosechas de frutas, zerials y ortalizias, mesmo que en os suyos rabaños, se van achuntar pa entoldar a traza de pillar-le as vueltas y poder-lo escarmentar, pa que no i tornase más á fer-les a tana. Á la fin, en sabendo que campaba espullau de raso y bien estudiaus os suyos costumbres, van determinar

de prebar d'aconsiguir-le bel par de pantalons. Como no en trobaban d'as suyas midas caleba fer-le de propio y pa ixe menister, se van aclamar á o zestero d'a redolada que, con un faixo de bimbres y un brazau de cañas, les ne va farchar un par en un bolero, sin tomar-le midas ni cosa. En que estiön feitos le i van piar unos vencejos d'esparto que fesen de tirantes pa que no los perdesen de camín y le'n van deixar penchaus en a manzanera d'as manzanas royas, que yera ande él acudiba siempre porque yera a que más manzanas teneba.

De seguras que os pantalons le ferían buena onra pa presguardarse d'as fredors de l'agüerro, cavilaban os lugarencos.

A pocas que l'Ombre Fiero va plegar debaixo d'a manzanera, se i va trobar con os pantalons nuevos con una midas prou folgazanas, pero no va dandaliar mica en meter-se-ie dentro entremistando se iba fartando de manzanas. Ya bien farto y aborrezu de minchar-ne tantas, va empezipiar a meter-se-ne en dentro d'os pantalons, dica que los teneba en caramuello, con a falaguera de puyar-se-las t'o suyo cado y poder escusar-se bel viache d'os que tanto esfuerzo le costaban.

Á lo que ya no en i podeba meter-ne más, porque ya teneba en caramullo,

va prebar de esclampar ent'alto, cara ta la suya esplugueta, pero ascape va parar cuenta que no se'n valeba bochar-se con semellán carga de manzanas y a tiesura d'os pantalons de mimbres. Va estar alavegada que os vezins d'o lugar lo van rodiar, menazando-lo pa que se'n irse á garras templadas y no i tornase más a fer-les á plega d'as suyas cosechas, que dende alavez tornón á ser a saber que abundas, sobre tot as de manzanas que en teneban tantas que no sabeban que fer-ne.

Como ye de dar, en ixa redolada toz conoixen a Espluga clamada "de l'Ombre Fiero", encara que dengún no s'atrive á dentrar-ie, ni tampoco no á amanar-se-ie.

FRANCISCO LANAU BUETAS

TROBO A FALTAR A TUYA BOZ

Trobo a faltar a tuya boz,
ixas parolas que en casa se sentiban
totas ixas cosas nombradas
las parolas
las tuyas,
las de casa,
las nuestras...

Agora nomás siento silenzio
te'n has diu tú,
se'n han diu as parolas,
nuestras charradas,
en la luenga nuestra,
agora, casa nuestra, paix bazia,
aish... Te quiero.

Y en una cosa tan gran o tan chicota como ye nuestro parlar
m'anunzia:
tiempos de silencios
de no sentir-te,
de no escuitar-te
y encá en la mia memoria
te siento charrar-me, aconsellar-me y contar istorias;
istorias que charraban de dinantes,
del quefer, de la chen,
de la guerra, d'es tiempos duros,
d'es nuestros güelos, d'es tuyos pais...

Y aquí soi,
continando la luenga nuestra,
la nuestra familia,
la nuestra casa...
con glarimas en es güellos, escorrindose por es moflez.
Aquí soi trobando-te a faltar,
como si m'esen arracau un troz de yo,
pero fendo-me fuerte ta continuar ta debán...

YOLANDA MUR TERRER

TAXCO EN CHULIO

Como as salamanquesas

Estí en Taxco. A ziudá blanguisma de parez d'adobas y plata, de botigas acaramuellatas y d'antigas catellas y, si de firme rechirabas, tamién de carreras penchatas. Taxco, a ziudá blanguisma, an i puyaban salamanquesas lamineras. Astí, en bels intes d'antismás, faziemos gambadetas d'aimor.

Garimboliar, dondiar, esnabesar, que más se daba, a nusatros rai. Tot bi yera igual. Lo que bi'n eba, lo que'n tenébanos, lo que'n esistiba y lo que'n fue. Y, más que más, Ana enrelegata entre as mias mans. Mica dimpués se'n feba un miraglo: De tardadas, fendo gambadetas en o mercato, se i beyeban as colors i esbotabando-ne.

Tanimientres, en o gudrón de Taxco, asabelos de ninos foscros rebulutiaban con güellos y sonrisos goyosos; en a ziudá de a plata y d'apatuscos toristas y chapulines! Á caterbadas. Quientos!

Y en a biella replazeta ixa, en a replazeta de a ilesia de Taxco s'estendillaba entre as boiras, entre l'aire, una polita canta d'aimor en castellano. Entre os camals y as brancas de os árbols se sentiban os polius sonius, fillos de l'antigo idioma romano.

Amagatas, as carreras s'enrelegaban de bote y boleyo. En os siestros amanixeban botigas platiatas y, de bez, como en bel xerbicader salbache, s'estricallaban en a nuei os guallardos sons d'enchizeras chens. En zagueras, a la fin, entre lusco y lusco, a o luen, con asabelas de crebazas en as mans y ditals cansos, alufremos bel zalpau de fainers es-

biellando a Seo; truco zaga truco, truco par truco, truco zaga truco en l'aspra y foratata piedra de a guallarda y fantestica Seo. Ixa que o chaqués De La Borda i fazié medrar en onor de Bastián y Prisca. Encara, altera, continua besando as boiras.

Talmén, en o canto de a plaza, en a balconada de Casa Bastián i remana trenta añadas dimpués a brempa d'era. Como salamanquesas lamineras que yéranos, mos bagaba malmeter as zagueras puendas de o sieglo XX. Mos ne bagaba sólo que Ana y yo; en os intes ixos en que entre os ditals d'era l'aimor s'esbotaba. Talmén, maimás mos ne fuemos de Taxco, a ziudá blanguisma d'adobas y plata.

GONZALO ORNA SORIA

*Se terminó de imprimir el
23 de septiembre de 2023
coincidiendo con la entrada del otoño*